



LA SUBJETIVIDAD ENCARNADA

Jorge Canteros*

Resumen

El autor considera que modelos complejos como los propuestos en los escritos tempranos en Freud, en especial en el Proyecto de una Psicología para Neurólogos, a la luz de los desarrollos actuales en Psicología Cognitiva, neurociencia y en el Psicoanálisis mismo, permiten investigar la relación entre cuerpo, cerebro, mente y subjetividad.

Sostiene que Freud construyó un modelo hipotético de sistema neuronal para articular un sujeto intencional de deseos, afectos y creencias, pero teniendo en cuenta dos constituyentes causales fundamentales: el cuerpo propio y el Otro.

Propone que dos propiedades de la Mente y del Lenguaje, la Redescrición Representacional y la Intencionalidad Recursiva, reconocidos actualmente fueron aplicados por Freud y tienen la potencialidad de contribuir a explicar la construcción de la subjetividad.

Las operaciones diversas de estas propiedades llevan al Psicoanálisis a considerar una intencionalidad escindida en fases y en modos intencionales en tensión y descentrada del sujeto intencional consciente.

Summary

The author considers that complex models such as those proposed in Freud's early works, especially in the Project for a Scientific Psychology, in the light of recent developments in cognitive psychology, the neurosciences and in psychoanalysis itself, enable us to investigate the relation between body, brain, mind and subjectivity.

He maintains that Freud constructed a hypothetical model of the neuron system in order to posit an intentional subject of wishes, affects and beliefs, while at the same time taking into account two basic casual constituents: the individual's own body and the Other.

The author proposes that two currently accepted properties of the mind and of language, representational redescription and recursive intentionality, were applied by

*Profesor de Filosofía y Psicoanálisis de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.
E-Mail: canteros@filo.uba.ar



Freud and may potentially contribute to explain the construction of subjectivity.

The diverse operations of these properties lead psychoanalysis to consider a split in intentionality, in phases and intentional modes that are in a state of tension and decen-tered from the conscious intentional subject.

1. Introducción

Todos aquellos que nos ocupamos de las problemáticas que hacen a la subjetividad de los seres humanos estamos convocados a tomar una posición frente a la dificultad que implica articular conceptos referidos al cuerpo con aquellos derivados del campo de la subjetividad. Cómo relacionar al sujeto con su cuerpo, al cerebro con la subjetividad. Diversas son las respuestas que se dan dentro de la Neurociencia, de la Filosofía de la Mente, de la Psicología Cognitiva y aun del Psicoanálisis.

Sólo puedo hablar desde este último y lo hago con el deseo de esclarecer algunas cuestiones en torno a esta problemática que también atraviesa la teoría psicoanalítica y que, en este caso, marca la dirección de la cura. Es frecuente en el diálogo con colegas encontrar algunos deslizamientos que sesgan la línea tomada por Freud y que, a mi entender, dependen de las conceptualizaciones que se hacen del *cuerpo* y de la *representación* en Psicoanálisis.

Dentro de esta cuestión epistemológica, la concepción cartesiana que, marcando el inicio de la ciencia moderna, establece ese clivaje fundamental entre “sustancia extensa” y “sustancia pensante” continúa constituyendo un punto de referencia para todo aquello que se reflexiona, convergente o divergentemente, en torno a la concepción del sujeto. Tal vez no podamos concebir nunca teorizaciones que superen totalmente el hiato entre lo físico y lo mental, tal vez constituya más que un “problema” un *misterio* en el sentido que le da Chomsky a aquellas problemáticas que exceden la capacidad humana para ser comprendidas, ese misterio que implica el *nacimiento de la psique*, que siempre ha fascinado y acuciado al hombre al ver nacer y morir a su semejante, y saber que allí ocurre algo en el cuerpo en relación a la subjetividad.

Quisiera en este artículo, a través de algunos modelos de la Teoría Psicoanalítica, reflexionar sobre lo que creo que hoy constituyen esos dos deslizamientos que han ocurrido en nuestro campo (Canteros, 2000a, 2000b). Lo que podemos llamar la *metáfora cerebral*, aquella según la cual la subjetividad puede ser reducida o sustituida por el funcionamiento cerebral, y la *metáfora lingüística* que, en cambio, define la subjetividad predominantemente como efecto de determinadas articulaciones lingüísticas.

Tal como dice Pinker (Pinker, 1994), y quizá por un movimiento pendular, luego de años de hegemonía de la Metáfora Standard de las Ciencias Sociales (MSCS), aque-



lla que sostiene que somos fundamentalmente efectos del mundo social, renace hoy, de una forma a veces algo extrema, el intento de reducir lo mental a lo biológico. Si bien es difícil desconocer algún grado de “construcción social de la mente”, es decir, que la subjetividad se constituye a expensas del Otro, no se debería desconocer que esos efectos del Otro operan sobre un cuerpo que tiene más “relieves”, en el sentido de diferenciaciones, surcos, pliegues, que los que hasta ahora se suponía, y cuando digo relieves, me refiero tanto a la superficie del cuerpo, lugar privilegiado del encuentro del sujeto con el Otro, como a las diferenciaciones y modularizaciones de las funciones cerebrales y de las competencias cognitivas propias de dominios específicos, que habrán de dar soporte, *apoyatura*, en el sentido freudiano (Freud, 1905b) a la intervención de ese Otro, segmentando y modalizando lo que de aquél provenga, cosa que se hace evidente en aquellos trastornos del desarrollo en los cuales estos registros están en déficit.

Debemos entender que el avance de los estudios de la mente infantil y el mismo avance del conocimiento sobre el funcionamiento cerebral, si bien limitarán la metáfora lingüística, como ya comienza a vislumbrarse, acotarán también la metáfora cerebral. A pesar de que sabemos que la mente no es una tábula rasa y que el niño viene al mundo con más competencias específicas que las que se creía, consiste un error frecuente de alguna de las versiones de la metáfora lingüística el desconocer o desvalorizar las diferenciaciones que no provienen del Lenguaje, relegándolas a una naturaleza confundida con la naturaleza animal.

Justamente, gran parte de las investigaciones actuales, por ejemplo, en la línea de Damasio, (Damasio, 2000; Ziehr, 2001) muestran cómo la construcción cerebral se va realizando en su interacción con el medio y, por supuesto, con el Lenguaje y con los otros. Karmiloff-Smith (Karmiloff-Smith, 1992) por ejemplo, articulando posiciones antagónicas como el innatismo de Fodor (Fodor, 1983) y el constructivismo de Piaget (Piaget, 1970), sostiene que si bien la mente y el cerebro tienen una estructura modular, sufren el proceso de modularización durante el desarrollo en la medida que el sujeto interactúa con el medio. Se espera que nuevas investigaciones logren mostrar cómo los circuitos, los engramas, las redes neuronales, son trabajados, modulados o establecidos por el ambiente social.

No sé, sin embargo, si podremos llegar a hacer totalmente transparente el estatuto de esa interacción o correspondencia entre las articulaciones entre elementos neuronales o físico-químicos (propias del cerebro) y las articulaciones entre elementos semióticos simbólicos (propias del lenguaje y de la mente), para lo cual creo que es útil recurrir a concepciones amplias, extensivas, de sistema semiótico.

Es justamente en el seno de esta dificultad donde hoy se abordan, desde ciertas concepciones materialistas, conceptos que tradicionalmente ubicaríamos como pertene-



cientes a la “sustancia pensante”, tales como las nociones de *sujeto*, *self*, *yo* y *conciencia*. Se ha hecho cada vez más presente en las últimas dos décadas, en el interior de la Neurociencia y de la Filosofía de la Mente, el interés por estas problemáticas (Damasio, 2000; Gazzaniga, 1998; Humphrey, 1992; Dennett, 1995; Churchland, 1984) que no habían encontrado fundamentos, hasta ahora, en las investigaciones neurológicas como para identificar los mecanismos productores de esas funciones psíquicas, tal como se habría esperado acorde a la metáfora cerebral. La anhelada correlación entre la supuesta centralidad de la corteza cerebral y la supuesta centralidad del yo de la atribución consciente comenzó a ser cuestionada por los mismos desarrollos neurocientíficos (Gauchet, 1992).

2. Una diferenciación desde los modelos tempranos de Freud: el sistema neuronal y el cuerpo propio

En algunos escritos anteriores (Canteros, 1995) propuse que la revisión del *Proyecto de una Psicología para Neurólogos* (PPN), enriquecida por una lectura que tome en cuenta algunos desarrollos actuales, permite echar luz sobre la problemática que estamos abordando, puesto que ese escrito, base de la metapsicología freudiana, constituye realmente, como dice Lacan, una “topología del sujeto” (Lacan, 1959-60).

Concuerdo con aquellos que consideran que para construir la noción de subjetividad es necesario un pensamiento complejo (Morin, 1992a, 1992b) en el sentido de aquel que no renuncia a las contradicciones y a la incertidumbre, y es capaz de articular conceptos provenientes de distintos campos. Entiendo que Freud propone modelos “complejos” en distintos momentos de su teorización, pero particularmente de una manera explícita en sus primeros trabajos¹.

En el PPN fundamentalmente, en el marco de una construcción hipotética, Freud “ubica” un *sujeto intencional* –en el sentido de aquel definido por *deseos* y *creencias*–, en un *aparato extenso*, el *sistema neurónico*.

Es en un *sistema neuronal*, cuya materialidad obedece tanto a una *razón mecánica* como a una *razón teleológica*, donde se ha de construir un “ser”, partiendo de unos pocos “elementos constituyentes”, en función de la aplicación de determinadas reglas. En función de la *razón mecánica* el sistema se rige por procesos *automáticos*, de combinaciones “sintácticas” de elementos discretos y distintos, tales como son las neuronas, que admiten infinitud de combinaciones, pero sólo aquellas permitidas por las reglas finitas de la estructura, que aseguran su funcionamiento, y la no penetrabilidad de la estructura por lo contingente. Y en función de la *razón teleológica*, en

¹ Como en el PPN (Freud, 1895b), en la *Carta 52* (Freud, 1896), y en el *Manuscrito G* (Freud, 1897), para finalmente establecerlos en la *Interpretación de los Sueños* (Freud, 1900), la *Metapsicología* (Freud, 1915), el *Yo y el Ello* (Freud, 1923).



cambio, los procesos son *acorde a fines*, pragmáticos o referenciales, que responden a la necesaria relación organismo-medio y, para lo cual, el sistema debe ser permeable al contexto. Decía en un trabajo anterior (Canteros, 1995): “Este ‘cuerpo del apremio’, que debe diferenciarse netamente en la teorización del ‘sistema neuronal’ que actúa independientemente de su ‘materialidad biológica’, le plantea a su vez a éste topes, requerimientos y complejizaciones efecto de este anclaje a la ‘necesidad’. Estos dos aspectos –‘sistema neuronal’ y ‘cuerpo del apremio’– creo que son los determinantes de los dos tipos de explicaciones que Freud en el PPN trata permanentemente de encontrar y articular: la razón mecánica y la razón teleológica.”

Si el primero, el *sistema neuronal*, debe articular algo del orden de la *representación* y del *saber*, el segundo, el *cuerpo del apremio*, debe sostener el orden de lo necesario, el *Not des Lebens*, el *Ananké* (Freud, 1895b, Canteros, 1992), que constituye la sujeción a la “carne”, al “cuerpo propio”, como fuente de la *necesidad* y que el Psicoanálisis estudiará, al menos en parte, en sus “transformaciones” como *pulsión*. El desatender este segundo aspecto del cuerpo lleva a sostener en sentido estricto la llamada metáfora cerebral.

Fue recientemente que encontré en Ricoeur una idea afín: “En la medida en que el cuerpo propio constituye uno de los componentes de la calidad de mío, la confrontación más radical debe cotejar las dos perspectivas sobre el cuerpo, el cuerpo como mío y el cuerpo como cuerpo entre los cuerpos. La tesis reduccionista, en este sentido, señala la reducción del cuerpo propio al cuerpo cualquiera. Es esta neutralización la que, en todas las experiencias de pensamiento que vamos a mostrar ahora, facilita la concentración sobre el cerebro del discurso del cuerpo” (Ricoeur, 1990, pág. 129-130).

En líneas generales la dirección que siguió Freud en torno a la relación del *sujeto psíquico* con el cerebro tuvo algunas inflexiones. Si bien sostiene en el PPN la idea de “localizar” al sujeto en una hipotética “trama neuronal”², en la *Carta 52*, en cambio, el soporte neuronal³ le está sólo supuesto a los “múltiples sistemas” de transcripción y en la *Interpretación de los sueños* Freud (Freud, 1900) ya plantea una separación epistemológica, o mejor diría metodológica, entre los sistemas mnémicos, compara-

² “El propósito de este proyecto es brindar una psicología de ciencia natural, a saber, que presenta procesos anímicos como estados cuantitativamente comandados de unas partes materiales comprobables.” (Freud, 1895b, pág. 339)

³ “He ilustrado todo esto con el esquema siguiente, en el que se supone que las diversas transcripciones están separadas también según sus portadores neuronales (de una manera no necesariamente tópica). Este supuesto quizá no sea indispensable, pero es el más simple y puede admitírsele provisionalmente.” (Freud, 1896, pág. 274) (El subrayado es nuestro.)



bles a las imágenes virtuales de la óptica, y la trama neuronal⁴. En el *Esquema de Psicoanálisis* (Freud, 1938), finalmente, el cerebro será para Freud, desde un punto de vista exterior, podríamos decir desde una “psicología en tercera persona”, sólo el “escenario” de la vida mental, y desde otro punto de vista, “interior”, el “concomitante somático”⁵ que para algunos habría de completar al sujeto lacunoso de la conciencia concomitante que Freud propone sustituir por el “sujeto del inconsciente”, en tanto eslabones simbólicos que permitirían “completar” la serie psíquica. Es decir, su propuesta final es mantener para el Psicoanálisis “enunciados o explicaciones psicológicas”, diferenciándolas de los “enunciados o explicaciones extensionales”, y no acordar con “enunciados o explicaciones mixtas”, lo que no implica, sin embargo, no reconocer el “concomitante físico”.⁶

Recordemos como lo dice Freud en la *Interpretación de los sueños*: “Evitaremos cualquier abuso de este modo de figuración si recordamos que representaciones, pen-

⁴ “La idea que así se pone a nuestra disposición es la de una localidad psíquica. Queremos dejar por completo de lado que el aparato anímico de que aquí se trata nos es conocido también como preparado anatómico, y pondremos el mayor cuidado en no caer en la tentación de determinar esa localidad psíquica como si fuera anatómica. Nos mantenemos en el terreno psicológico y solo proponemos seguir esta sugerencia: imaginamos el instrumento de que se valen las operaciones del alma como si fuera un microscopio compuesto, una aparato fotográfico o algo semejante. La localidad psíquica corresponde entonces a un lugar interior de un aparato, en el que se produce uno de los estadios previos de la imagen.” (Freud, 1900, pág. 529/30) (El subrayado es nuestro.)

⁵ Y más adelante: “Evitaremos cualquier abuso de este modo de figuración si recordamos que representaciones, pensamientos y, en general, productos psíquicos no pueden ser localizados dentro de elementos orgánicos del sistema nervioso, sino, por así decir, entre ellos, donde resistencias y facilitaciones constituyen su correlato.” (Freud, 1900, pág. 598/99). (El subrayado es nuestro.)

⁶ “El psicoanálisis establece una premisa fundamental cuyo examen queda reservado al pensar filosófico y cuya justificación reside en sus resultados. De lo que llamamos nuestra psique (vida anímica), nos son consabidos dos términos: en primer lugar, el órgano corporal y escenario de ella, el encéfalo (sistema nervioso) y, por otra parte, nuestros actos de conciencia, que son dados inmediatamente y que ninguna descripción nos podría transmitir. No nos es consabido, en cambio, lo que haya en medio; no nos es dada una referencia directa entre ambos puntos terminales de nuestro saber. Si ella existiera, a lo sumo brindaría una localización precisa de los procesos de conciencia, sin contribuir en nada a su inteligencia. Nuestros dos supuestos se articulan con estos dos cabos o comienzos de nuestro saber. El primer supuesto atañe a la localización. Suponemos que la vida anímica es la función de un aparato al que atribuimos ser extenso en el espacio y estar compuesto por varias piezas; nos lo representamos, pues, semejante a un telescopio, un microscopio, o algo así.” (Freud, 1938, pág. 143). Y agrega más adelante: “Ahora bien, hay general acuerdo en que estos procesos conscientes no forman unas series sin lagunas, cerradas en sí mismas, de suerte que no habría otro expediente que adoptar el supuesto de unos procesos físicos o somáticos concomitantes de lo psíquico, a los que parece preciso atribuir una perfección mayor que a las series psíquicas, pues algunos de ellos tienen procesos conscientes paralelos y otros no. Esto sugiere de manera natural poner el acento, en psicología, sobre estos procesos somáticos, reconocer en ellos lo psíquico genuino y buscar una apreciación diversa para los procesos conscientes.” [...] “Sin embargo, tal es la argumentación que el psicoanálisis se ve obligado a adoptar, y este es su segundo supuesto fundamental. Declara que esos procesos concomitantes presuntamente somáticos son lo psíquico genuino, y para hacerlo prescinde al comienzo de la cualidad de la conciencia.” [...] “Mientras que la psicología de la conciencia nunca salió de aquellas series lagunosas, que evidentemente dependen de otras cosas, la concepción según la cual lo psíquico es en sí inconsciente permite configurar la psicología como una ciencia natural entre las otras.” (Freud, 1938, pág. 155/6) (El subrayado es nuestro.)



samientos y, en general, productos psíquicos no pueden ser localizados dentro de elementos orgánicos del sistema nervioso, sino, por así decir, *entre ellos*, donde resistencias y facilitaciones constituyen su correlato” (Freud, 1900, pág. 598/99).

En cambio, la relación del *sujeto psíquico* con el *cuerpo propio* la mantendrá a lo largo de toda su obra con pocas modificaciones, tanto como cuerpo *fuerza* de la *pulsión*, como cuerpo *fuerza* y *objeto* de la *Necesidad Objetiva*, del *Ananké* (Canteros, 1992).⁷

3. El sujeto intencional en un sistema neuronal. Intencionalidad y extensionalidad

Fue Brentano quien, retomando la polaridad cartesiana entre “res extensa” y “res cogitans”, propone como propiedad esencial de lo mental, no sólo la razón y la falta de extensionalidad, sino la *Intencionalidad*. Dice: “El mundo entero de nuestros fenómenos se divide en dos grandes clases: la clase de los fenómenos *físicos* y la de los fenómenos *psíquicos*.”

”Todo fenómeno psíquico está caracterizado por lo que los escolásticos de la Edad Media han llamado la in-existencia intencional (o mental) de un objeto, y que nosotros llamaríamos, si bien con expresiones no enteramente inequívocas, la referencia a un contenido, la dirección hacia un objeto (por el cual no hay que entender aquí una realidad), o la objetividad inmanente. Todo fenómeno psíquico contiene en sí algo como su objeto, si bien no todos del mismo modo. En la representación hay algo representado; en el juicio hay algo admitido o rechazado; en el amor, amado; en el odio, odiado; en el apetito, apetecido, etc.

”Esta in-existencia intencional es exclusivamente propia de los fenómenos psíquicos. Ningún fenómeno físico ofrece nada semejante. Con lo cual podemos definir los fenómenos psíquicos diciendo que son aquellos fenómenos que contienen en sí, intencionalmente, un objeto” (Brentano, 1874).

Elabora así una Psicología Intencionalista, no especulativa, que ha sido retomada recientemente por la Psicología Cognitiva, al rescatar el valor de la Intencionalidad y de la Representación como rasgos centrales de lo mental (Searle, 1983; Fodor, 1987; Dennett, 1995).

Creo que es, justamente, por los valores diversos otorgados a la “representación” y al “cuerpo propio” que se abrieron luego dos líneas filosóficas, a partir de dos de los discípulos principales de Brentano: Frege, que fundará la Lógica Simbólica y de allí la Filosofía Analítica, y Husserl, que fundará la Fenomenología (Cabanchik, 1995).

⁷ “Amenudo uno tiene la impresión de haber atravesado todos los estratos psicológicos y llegado, con el deseo del pene y la protesta masculina, a la “roca de base” y, de este modo, al término de su actividad. Y así tiene que ser, pues para lo psíquico lo biológico desempeña realmente el papel del basamento rocoso subyacente.” (Freud, 1937, pág. 253-254) (El subrayado es nuestro.)



Cuando Freud, que como sabemos también estudió con Brentano un corto período, escribe el *Proyecto*, teoriza al sujeto desde otro lugar, impulsado por su clínica, la que dará su sesgo particular a los modelos psíquicos contruidos por el Psicoanálisis. Diseña, decíamos, un modelo hipotético de “sistema físico” que permitiera albergar a un “sujeto psíquico”, tal como él lo estaba elaborando para dar cuenta de sus observaciones con los pacientes neuróticos, cuyos síntomas no podían, justamente, reflejarse en una materialidad biológica. Sin embargo, tanto el “sujeto psíquico” como los “síntomas” se constituirán, dentro de ese modelo hipotético, gracias a *procesos recursivos*, a partir de sus constituyentes “materiales”.

Pero lo significativo, y hasta revelador, es cómo Freud hace jugar la articulación entre esos constituyentes. Utiliza para ello el descubrimiento reciente de la neurona como unidad discreta, bosquejando una “trama neuronal” que será la “pizarra mágica” donde inscribirá con sus “hilos” o “letras”, limitados a meras “combinaciones” de *facilitaciones e inhibiciones*, a un sujeto psíquico. (Canteros, 1995)

Entiendo que toma para la elaboración de este sujeto psíquico elementos de la Psicología de Brentano, en particular, los “modos intencionales”, que irán definiendo a ese sujeto, no como *sujeto de la representación*, propio de la Psicología, sino como *sujeto de esos modos intencionales*, tal como desarrollaremos más adelante.

“Para exponer nuestra opinión sin más tardar, sostenemos también que hay que distinguir tres clases capitales de actividades psíquicas, atendiendo a la diversa modalidad de su referencia a su contenido. Pero estos tres géneros no son los mismos que se establecen comúnmente; y a falta de expresiones más adecuadas, designamos al primero con el nombre de *representación*, al segundo con el nombre de *juicio* y al tercero con el nombre de *emoción, interés o amor*.” (Brentano, 1874)

La concepción freudiana es, a su vez, la de un sujeto que se establece según sus condiciones históricas, biográficas, tal como lo había permitido descubrir la clínica, lo que lleva a que para explicar la constitución de ese sujeto psíquico debamos agregar a ese aparato una *razón histórica*, que tiene sus efectos en las transformaciones y aspectualizaciones que van sufriendo esos mismos *modos intencionales* acorde a un proceso recursivo.

Es el mismo recorrido freudiano, que se hace evidente en esos escritos fundacionales, el que conduce a una elaboración y a una modificación del concepto de Intencionalidad, y lo hace al trabajar la articulación de dos constituyentes indispensables: el “Cuerpo propio” y el Otro, que la clínica mostró como fundantes.

En el *Proyecto* encontramos un efecto de esta articulación en la composición misma del *yo* en tanto establecido entre dos polos que le dan origen, un polo que representará al



cuerpo propio y un polo que representará al *Otro* y al Objeto; resultando así, según elaborará más tarde, uno, representante de la *pulsión* y el otro, representante del *objeto*.

El yo se construye, entonces, derivado de los constituyentes fundamentales que son:

- a) el *sistema neuronal* - - , donde se *inscribe* este yo,
- b) el *cuerpo del apremio*, es decir, aquel cuerpo fuente de las necesidades y de las pulsiones, que llega al *polo tensional* del yo (el *nuclear*, tal como lo llama en el PPN) por la vía endógena.
- c) el *Otro* (sea dador, asistente u hostil), que llega al *polo representacional* del yo (*del manto*) por la vía exógena de la percepción.

El yo no es sino el enlace establecido entre ambos polos, es decir, entre la tensión derivada del *cuerpo del apremio* y la percepción derivada del *objeto*. La articulación entre esos constituyentes se establece acorde a las *Experiencias Primordiales* (Experiencia de Satisfacción y Experiencia de Dolor) es decir, según los encuentros del *cuerpo del apremio* con el *Otro del cuidado*⁸. Dice Freud:

“El yo consiste originariamente en las neuronas del núcleo que reciben la *Qn* endógena mediante conducciones y la descargan sobre el camino que lleva a la alteración interior. La vivencia de satisfacción ha procurado a este núcleo una asociación con una percepción (la imagen-deseo) y una noticia de movimiento (de la porción reflectoria de la acción específica).” (Freud, 1895)

4. Una propuesta desde la Redescrición Representacional (RR) y desde la Recursividad del Lenguaje (RL)

Uno de los objetivos de este trabajo es destacar el valor de dos propiedades de la Mente y del Lenguaje como fundamentales en la construcción de la subjetividad: la *Redescrición Representacional* (RR) (Karmitoff-Smith, 1992) y la *Recursividad del Lenguaje* (RL)⁹ ¹⁰. Sólo ambas permiten alcanzar, como veremos más adelante, una

⁸ Tal como Freud consideraba a los padres de la infancia.

⁹ “La recursividad es una propiedad de las lenguas naturales (si no de las otras semióticas), según la cual una unidad sintagmática dada puede encontrarse tal cual, dentro de una misma jerarquía, en niveles de derivación diferentes (ejemplo: “el color de las hojas de los árboles del jardín de los vecinos”). (Greimas, Courtès, 1979)

¹⁰ “Propiedad recursiva de la gramática. Implica la posibilidad de utilizar repetidamente reglas en un aparato de reglas. Reglas recursivas, reglas o grupo de reglas que pueden utilizarse más de una vez en la generación de una misma frase (*ése es el hombre que se ha casado con la chica que ha escrito el libro*), que puede utilizarse indefinidamente. Las r. r. pueden producir un conjunto ilimitado de objetos formales; explican “la capacidad real de un hablante para producir y comprender nuevas oraciones” (Katz, *Filosofía*). (Lewandowski, 1995, pag. 289; 295).



Intencionalidad Recursiva (IR) (Rivière, 1991; Searle, 1983) y un Desacople Intencional (DI) (Leslie, 1987), indispensables para la construcción del sujeto.

Sostengo que el Psicoanálisis ha trabajado con estos conceptos, en la teoría y en la clínica, en forma generalmente implícita, y en algunos casos, como en la Carta 52, en forma explícita, produciendo modificaciones al concepto mismo de Intencionalidad de lo Mental. Karmiloff-Smith en su libro *Más allá de la modularidad de la mente* (Karmiloff-Smith, 1992) formula así la Redescripción Representacional: “Mi idea es que una forma específicamente humana de obtener conocimiento consiste en que la mente explote internamente la información que ya tiene almacenada (tanto innata como adquirida) mediante el proceso de redescibir sus representaciones o, para ser más precisos, volviendo a representar interactivamente, en formatos de representación diferentes, lo que se encuentra representado por sus representaciones internas...”

Y más adelante: “¿Pero qué sucede con el formato de las representaciones internas sobre las que se apoyan estas fases reiteradas? El modelo RR defiende que existen al menos cuatro niveles en los que el conocimiento puede representarse y rerepresentarse. Les he dado los nombres de Implícito (I), Explícito 1 (E1), Explícito 2 (E2) y Explícito 3 (E3). Estas tres formas distintas de representación no constituyen estadios de desarrollo dependientes de la edad, sino partes de un ciclo repetitivo que ocurre una y otra vez en diferentes microdominios a lo largo del desarrollo”.

Quiero rescatar que la hipótesis de esta RR de lo mental es la que propone claramente Freud en la Carta 52: “Trabajo con el supuesto de que nuestro mecanismo psíquico se ha generado por estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un *reordenamiento* según nuestros nexos, una *retrascrición (Umschrift)*. Lo esencialmente nuevo en mi teoría es, entonces, la tesis de que la memoria no preexiste de manera simple, sino múltiple, está registrada en diversas variedades de signos. Yo no sé cuántas de estas trascripciones existen. Por lo menos tres, probablemente más. *Ps* [signos de percepción] es la primera transcripción de las percepciones, por completo insusceptible de conciencia y articulada según una asociación por simultaneidad. *Ic* (inconciencia) es la segunda transcripción, ordenada según otros nexos, tal vez causales. Las huellas *Ic* quizá correspondan a recuerdos de conceptos, de igual modo inasequibles a la conciencia. *Prc* (preconciencia) es la tercera retrascrición, ligada a representaciones-palabra, correspondiente a nuestro yo oficial”. (Freud, 1896)

Retomemos, entonces. Es en el seno de los constituyentes mencionados que se va *inscribiendo y transcribiendo*, por un *proceso recursivo*, un *ser* definido según los *modos intencionales*, para decirlo acorde a Brentano: las *representaciones*, los *juicios* y los *afectos*. Se estructura un *sujeto intencional*, acorde a estos modos, merced a la Redescripción Representacional: El *deseo* y el *afecto primero*, y luego, en función de



una nueva RR de éstos, a partir de un *juicio de discernimiento*, ahora posible, la *Representación-Cosa* (RC) y la *Representación-Palabra* (RP), que constituyen lo fundamental de la organización psíquica¹¹.

Quiero sostener que se puede comprender desde el PPN, y más aún desde la Carta 52, donde se describe una RR en términos de *transcripciones, un proceso recursivo de transformaciones de los modos intencionales del sujeto psíquico que consiste en desacoples o diferenciaciones de ciertos constituyentes simbólicos fundamentales*.

A partir de los *Signos Perceptivos* de las vivencias de satisfacción y de dolor, se produce una primera RR como *Representación* de *afectos* y de *deseos*, que implican un primer grado de diferenciación entre presencia y ausencia –el “mero representar” (Freud, 1911)–, y que constituyen un *modo intencional en primer grado*. Luego, su RR con el *juicio* –juicio de discernimiento (*Urteil*)– que, a mi entender, produce un desacople entre propiedades, causa-consecuencia, sujeto-atributo, tema-rema, que dan lugar a la *Representación-Cosa*, que constituye una *intencionalidad de segundo grado*. Una nueva vuelta de tuerca, un nuevo paso de RR, corresponderá a las *Representaciones-Palabras*, al “yo oficial”, que permite producir un desacople entre “rol” y “ocupante de rol” y entre el “sujeto del decir” y el “sujeto del hacer”: “¿Qué hace Ud., tío?”, preguntará Catalina (Freud, 1895c) en la experiencia de seducción, pregunta sobre la Intencionalidad del Otro, opaca a su decir.

La pregunta como explicación del registro posible de la diferencia entre sujeto del enunciado (el decir) y sujeto de la enunciación en sentido amplio (el hacer), registro que a mi entender significa el establecimiento de una discriminación implícita entre *Representación-Cosa*, como sistema de diferencias de los significantes de “roles” o de “lugares” de la estructura, y *Representación-Palabra*, como sistema de diferencias entre los significantes de los “ocupantes de rol” –las representaciones y personajes que ocupan un lugar de la estructura–. Paso que permite al sujeto captar, también, como veremos luego, la diferencia entre *contenido intencional* y *modo intencional*, con lo que alcanza una *intencionalidad de tercer grado*^{12 13}.

¹¹ Deberíamos investigar la relación entre el sistema de las Representaciones-Cosa propio del Lenguaje del Inconsciente, en el sentido fodoriano de Lenguaje del Pensamiento, y el sistema de las Representaciones-Palabra propio de la estructura del preconscious en el sentido de Lenguaje Natural, entre los que existe una “interface”.

¹² “... los interlocutores competentes poseen ese nivel de intencionalidad consistente en tener procesos mentales acerca de los procesos mentales de otros y saber que éstos pueden versar sobre los propios, al que denominábamos en el capítulo anterior ‘intencionalidad de tercer orden’ (también podríamos hablar de ‘intencionalidad recursiva’, empleando el concepto de recursividad en un sentido muy lato).” (Rivière, 1991; pág. 183)

¹³ “Por tanto, aunque los niños digan ‘Es juego’ (‘I’m pretending’) y aunque deban de tener representaciones E1 de los tres términos que intervienen en el cómputo de la ficción (agente, representación prima-

continúa en pág. 45



Se trata, a su vez, de sucesivas producciones de “sentido”, efecto de la inscripción de una vivencia en distintos sistemas semióticos, con distintos códigos. Cada sistema reinscribe lo inscripto en un sistema simbólico “anterior” con un incremento de complejidad. Se puede considerar que estas Re-escrituras pueden recorrerse en ambos sentidos, con producción de nuevos sentidos o con pérdida de ellos, como por ejemplo, se plantea alrededor del concepto de regresión y de represión en Psicoanálisis.

Decíamos que es el aporte de la clínica lo que lleva a Freud a enfocar algunos aspectos de la RR que hacen a su concepción de sujeto y de intencionalidad. Veamos esto.

Si las transcripciones lograsen recubrir acabadamente las descripciones anteriores dentro de las características del nuevo sistema simbólico, se podría producir un “sujeto coherente”.

Sin embargo, para el Psicoanálisis, el sujeto se topa con la imposibilidad de la traducción de sus representaciones anteriores a los nuevos códigos. Se presentan defasajes, lo que es propio de la transcripción representacional en distintos sistemas semióticos que no tienen entre sí una correspondencia unívoca, así como por ejemplo ocurre entre *Representación-Cosa* y *Representación-Palabra*. Se produce, entonces, un sujeto no coherente¹⁴ que será aquel que devendrá en *sujeto del síntoma*, pero también, por un proceso recursivo sobre lo no traducido, en *sujeto de la ficción* y de la *metáfora*.

Si al primero, al “yo coherente”, correspondería una *intencionalidad referencial transparente* (por ejemplo, el miedo a un perro puede ser interpretado en función de que fue un perro el que causó el dolor de una mordedura real) al segundo le corresponde, en cambio, una *intencionalidad referencial opaca* (por ejemplo, el miedo a salir a la calle a ir de compras, como en el caso *Emma* [Freud, 1895b], tiene una referencialidad poco evidente) referencialidad que sólo se explica por una “cosa otra”, otra Experiencia Primordial, la Experiencia de Seducción, es decir, el encuentro con el Otro del goce sexual. Aunque se la suponga luego ficcional, la Experiencia de Seducción remite al descubrimiento “traumático” del Otro del deseo o del goce sexual,

ria y representación desacoplada) sobre los cuales pueden operar la actitud proposicional de **Fingir**, la distinción entre actitudes proposicionales y contenidos proposicionales no tiene que estar representada en el formato E2/3 y, por tanto, ser accesible a la conciencia; pero sí debe estar disponible como estructura de datos en el formato E1. Posteriormente, el niño de cuatro años tiene que enfrentarse al hecho de que son las actitudes proposicionales no observables (no marcadas externamente), tales como **Creer** y **Pensar**, las que predicen el comportamiento del protagonista, y no los estados observables del mundo. Cuando los niños de cuatro años pueden realizar inferencias acertadas en función de la creencia falsa de otra persona, son capaces de justificarlo verbalmente. Para ello es necesario el formato E2/3.” (Karmiloff-Smith, 1992)

¹⁴ Tal como se presenta en el Proyecto el sujeto del llamado *Prôtom pseudo*. Podría llamarse también “atribución errónea”, silogismo con conclusión falsa por error de una de las premisas, consecuencia de atribuir al presente una propiedad perteneciente al pasado.



y que al sujeto se le presenta en el Otro del cuidado, que se anticipa en él a su propia capacidad de comprensión. Revelación que de hecho consiste, a su vez, en el descubrimiento freudiano.

Esta concepción de sujeto supone el tener que dar un nuevo paso. En el *Proyecto* podemos decir que queda pendiente la pregunta de Emma, que surge en el recuerdo de la Experiencia de Seducción “¿Por qué concurrí allí la segunda vez?”, que Freud retomará algo más adelante en torno al compromiso eludido del sujeto con su palabra y con su vida. Dirá, por ejemplo, a su paciente Dora ¿en qué está Ud. implicada, Dora, al prestarse a los manejos de su padre? (Freud, 1905a). Pregunta sobre una *intencionalidad en cuarto grado* que es la que deviene de la *posición del sujeto con respecto a su propia enunciación*, sea ésta en palabras o en actos, “puestas en superficie” sobre las que actúa el proceso recursivo y que representa el aporte del Psicoanálisis al estudio de la subjetividad.

5. El sujeto intencional y los efectos de la RR y la RL: la Intencionalidad Recursiva (IR)

Dijimos que la Intencionalidad era aquel atributo mental de “ser sobre...” (*aboutness* como dice Daniel Dennett). Este “ser sobre” o “pensar sobre” lo es sobre una “representación” como objeto in-existente en la mente.

Searle considera, en cambio, que esa intencionalidad real sobre el objeto externo: “La Intencionalidad es aquella propiedad de muchos estados y eventos mentales en virtud de la cual éstos se dirigen a, o son sobre o de, objetos y estados de cosas del mundo”. (Searle, 1983; pág. 17)

También Searle desarrolla la idea que, la intencionalidad es una marca característica tanto de lo mental, de los “estados mentales”, como del lenguaje, de los “actos ilocutorios”, en tanto “signos de”: “... La Intencionalidad consta de un contenido representativo, en un cierto modo psicológico. Los estados Intencionales representan objetos y estados de cosas en el mismo sentido en que los actos de habla representan objetos y estados de cosas”. (Searle, 1983; pág. 26)

Dentro de los enunciados se suelen distinguir aquellos donde la “intencionalidad del enunciante” está explicitada en los llamados *enunciados intencionales* o *psicológicos* (con verbos ilocutorios: “yo digo que”, “yo sostengo que” o, con verbos psicológicos: “yo quiero que”, “yo creo que”), de aquellos *enunciados extensionales* que explícitamente se refieren a un “estado de cosas del mundo” sin que sea explícito en el enunciado la intencionalidad del enunciante (ejemplo, “está lloviendo”). Si bien estos enunciados extensionales pueden también transformarse en intencionales, al incluir en ellos explícitamente el sujeto de la enunciación, por ejemplo, “yo creo que está lloviendo”, lo cual no es carente de importantes consecuencias, se ha observado



que la lógica de unos y de otros es diversa. Ya B. Russell había diferenciado la lógica de este tipo de enunciados como portadores de lo que llamó “actitudes proposicionales”, que, luego, otros autores han llamado “actitudes intencionales” (Dennett) o “actitudes psicológicas” (Fodor). Lo característico es que en ellas se desglosan dos componentes: la *actitud intencional*, que marca al *sujeto intencional*, y el *contenido proposicional o intencional* y que indica al *objeto intencional*.

A diferencia de los enunciados extensionales donde no está marcada explícitamente esta diferencia, poseen una lógica diversa que se ha llamado *lógica intencional*, fundamentalmente caracterizada por la “opacidad referencial” y por el “no compromiso de verdad”. Es decir, son enunciados que no pueden validarse a través de un “estado de cosas del mundo”. En ellos se produce una diferenciación, un *desacople* entre la “mente” y la “representación” que ella tenga, por un lado, y por otro, entre la “representación” y el “objeto del mundo”, al cual ésta se refiere.

Deseo sostener aquí que esta *lógica intencional* que, según creo, podemos entender como la “lógica de lo subjetivo”, o que nos permite abordar algo de lo subjetivo, será lograda o captada por el sujeto en el campo del Otro, a través de un proceso de Re-descripción Representacional que permitirá la diferenciación de esos constituyentes intencionales: *modo y contenido*.

Ahora bien, demos otro paso. Dentro de los objetos intencionales del hombre, ocupa un lugar privilegiado el *otro*, su semejante, que como tal posee a su vez el atributo de la intencionalidad. Es sobre él, justamente, que el sujeto ha de realizar las operaciones del juicio de discriminación.

Nick Humphrey plantea, inclusive, la prioridad del conocimiento del “mundo social” sobre el conocimiento del “mundo físico”.

“Fueron las circunstancias de la vida *social* del hombre primitivo –el pertenecer a una comunidad humana con interacciones complejas, su necesidad de ayudarse mientras al mismo tiempo ayuda a los demás– las que, más que nada, hicieron al hombre como especie, la criatura astuta y penetrante que hoy conocemos” (p. 14, ed. esp. 1987). “Las condiciones sociales de la evolución humana favorecieron el desarrollo de un ‘homo psychologicus’, dice Humphrey, calculador y especialmente dotado en sus capacidades de inferencia interpersonal, de las que derivarían (y no al contrario) las competencias de inferencia impersonal”. (Rivière, 1991; págs. 154/5)

Freud nos muestra, por su lado, que es sobre el campo del prójimo donde el sujeto aprende a discriminar: “Supongamos ahora que el objeto que brinda la percepción sea parecido al sujeto, a saber, un *prójimo*. En este caso, el interés teórico se explica sin duda por el hecho de que un objeto *como éste* es simultáneamente el primer ob-



jeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir.” (Freud, 1895a) (El subrayado es nuestro.)

Sólo en función de un proceso recursivo de RR el sujeto es capaz de ir registrando la intencionalidad del Otro en interacción con su propia intencionalidad, en un proceso que algunos autores han llamado *Intencionalidad Recursiva* (IR) (Searle, 1983; Rivière, 1991). Dice Rivière: “Las consideraciones anteriores nos llevan a situar el curso posible de la evolución del lenguaje en el marco de lo que el filósofo Dennett (1991) ha llamado “la estrategia intencional”. Esa noción expresa la tendencia, fundamental en el sistema cognitivo humano, a predecir y explicar la conducta de los congéneres sirviéndose de un instrumento psicosocial muy poderoso y útil, que consiste en atribuir y atribuirse creencias y deseos, es decir, estados mentales internos e intencionales. Todo el sentido del lenguaje se basa en el empleo de esa estrategia, y sus funciones no pueden comprenderse sin ella. Algunos filósofos del lenguaje han propuesto la idea de que *un requisito importante para el desarrollo del lenguaje es la posesión de una intencionalidad de tercer orden*, es decir, la capacidad de “atribuir a otros estados mentales que se refieren, a su vez, a los estados mentales propios” (... algo semejante a “yo sé que él sabe que yo sé que...”).

“Una característica esencial de los miembros de nuestra especie puede ser la *intencionalidad recursiva*. En *Linguistic Behavior*, Dennett (1976) defiende la idea de que la adquisición de un sistema simbólico tal como el que constituye el lenguaje humano requiere, cuando menos una intencionalidad de tercer orden (algo similar a “saber que el otro sabe que yo sé...” (Rivière, 1991)

Desde el Psicoanálisis podemos sostener que esta Intencionalidad Recursiva se va constituyendo en pasos sucesivos de RR, desde un registro implícito a uno explícito¹⁵ de la Intencionalidad del Otro, el Otro como portador de deseos y creencias. Coincidimos con los autores que mencionamos que *la Intencionalidad Recursiva es una capacidad necesaria para mantener relaciones intersubjetivas y para comprender los sistemas simbólicos, y queremos proponer que junto con la RR, son propiedades potentes para explicar la construcción de la subjetividad.*

Si bien el *complejo del semejante* es el lugar donde se va a ir desarrollando una Teoría de la Mente (Leslie, 1987), como se dio en llamar en el Cognitivismo a la capacidad de atribuir o leer la intencionalidad del Otro, es en particular en la llamada Vi-

¹⁵ Según Karmiloff-Smith la RR implica, a su vez, el pasaje de una “mente implícita”, que podemos llamar “mente en sí”, y a una mente “explícita”, una “mente para sí”, lo que significa que la mente misma pueda operar ahora con ese contenido explicitado, posibilitando entonces procesos recursivos, a su vez explícitos.



vencia de Seducción, como vivencia prototípica, en tanto encuentro del sujeto con el Deseo del Otro, la que permite captar, también merced a un proceso recursivo, la no transparencia, la opacidad y la no referencialidad entre la *mente del sujeto* y la *mente del Otro*, y aún *entre la conciencia* y la *mente del propio sujeto*. Podemos decirlo también, entre los *modos intencionales* y sus *referentes*, esto es entre el *deseo* y su *objeto* y, a su vez, entre el *desear* y el *hacer*.

6. La intencionalidad recursiva y la eficacia de las escenas inconscientes en una Teoría Narrativa de la Mente

El desarrollo de esta Intencionalidad Recursiva permitirá reinscribir las relaciones del “sujeto” con el “Otro”, que como vimos se establecen en esas vivencias paradigmáticas, la Experiencia de Satisfacción, la Experiencia de Dolor, y agreguemos, con su característica diferencial, la Experiencia de Seducción. En la medida que esas vivencias son articulaciones, aún antes de ser representadas y comprendidas, entre “sujetos intencionales”, portadores de intenciones, de deseos y de creencias, constituyen *Escenas* que podemos considerar como *unidades narrativas en acto*.

Quisiera defender la idea que estas escenas, a través de un proceso de Redescipción Representacional, sufren transformaciones de “escenas implícitas” a “escenas explícitas”, de “escenas condensadas” a “escenas expandidas”, produciéndose *desacoples*, *desdoblamientos*, *des-embragues* merced al proceso de Intencionalidad Recursiva, entre los “personajes” y sus “intenciones”, entre sus respectivos “puntos de vista”, transformaciones que constituyen lo fundamental de las narrativas. Escenas que al reinscribirse, permiten que en su interior se capten las intenciones con producciones de saber y de subjetividad. Un desacople de constituyentes acoplados en inscripciones anteriores.

La Redescipción Representacional permite, justamente, una exploración de los “constituyentes” de las escenas al pasar de ser escenas solamente *actuadas* a ser *vivenciadas* y a ser re-inscriptas con nuevas producciones de “saber” y con registro de sentidos nuevos y, finalmente, de la propia “intencionalidad”¹⁶. El sujeto mismo se podrá implicar, implícita y explícitamente, en el “lugar” de la escena como agente, objeto, testigo, narrador, ayudante, etc. Sin embargo, no todas las narrativas necesariamente llegan a ser explícitas. Algunas pueden comenzar y seguir siendo “narrativas en acto”¹⁷.

De acuerdo con estas consideraciones podemos reconocer que dentro de Psicoanálisis hay una Teoría Narrativa de la Mente que desarrolla, fundamentalmente, las trans-

¹⁶ Lo cual muestra la insuficiencia de ciertos conceptos elementales de la metapsicología para el abordarse de la producción de la simbolización y del saber.

¹⁷ Damasio, 2000; Bruner, 1984.



formaciones posibles de las Escenas Inconscientes que se producen a través de una RR.

Por lo tanto, creo que es necesario defender la idea de que hay tres líneas conceptuales en Freud que es necesario articular para explicar al *sujeto* desde el Psicoanálisis: una *Teoría Representacional de la Mente* (TRM), que implica una Redescrición Representacional (RR), tal como se observa en la *Carta 52*, una *Teoría Pulsional de la Mente*, necesaria para sostener una Intencionalidad Recursiva (IR), tal como se observa en las *Teorías sexuales infantiles* (Freud, 1908), y una *Teoría Narrativa de la Mente* (TNM), que requiere de la articulación, el desacople y las transformaciones entre “sujetos intencionales” y “contenidos intencionales”, tal como se halla presente en los historiales, por ejemplo, el del *Hombre de los lobos* (Freud, 1918).

Esto es, a mi entender, la contribución de una Teoría Narrativa de la Mente en la constitución subjetiva más que su concepción como efecto de un relato manifiesto, autobiográfico, tal como se sostiene desde algunas perspectivas actuales (Gazzaniga, 1998)¹⁸. No creo que el sujeto esté construido sólo por “un relato biográfico explícito o aun implícito de su historia de vida”, sino pienso más bien que está determinado por *escenas*, que obran como *condiciones*, en el sentido de restricciones y posibilidades, que son las que constituyen la articulación histórica, biográfica, producida originalmente entre el “cuerpo” del sujeto y el Otro, el Otro del cuidado que encarna, a su vez, al Otro de la vida sexual, es decir, en tanto sujetos portadores de deseos.

Estas escenas son el material sobre el que actúa la RR, originando Versiones Múltiples de ellas, tanto en serie como en paralelo, sin que el “yo” resulte ser necesariamente el *centro de gravedad* de la narración, tal como lo plantea Daniel Dennett:

“Nuestras historias se urden, pero en gran parte no somos nosotros quienes las urdimos; ellas nos urden a nosotros. Nuestra conciencia humana, nuestra egotividad narrativa, es su producto, no su origen. Estas secuencias o flujos narrativos surgen *como si* fueran emitidos por una misma fuente, no en el claro sentido físico de surgir de una boca, de un lápiz o de una pluma, sino en un sentido más sutil: su efecto so-

¹⁸ “La misma investigación del cerebro escindido que reveló asombrosas diferencias entre ambos hemisferios también mostró que el izquierdo cuenta con un intérprete, cuya tarea es explicar nuestra conducta y nuestras reacciones cognitivas o emocionales ante los desafíos del entorno. El intérprete establece un relato continuo de nuestros actos, emociones, pensamientos y sueños. Es el pegamento que unifica nuestra historia y crea nuestra sensación de ser un agente racional completo. Aporta a nuestro caleidoscopio de instintos individuales la ilusión de que somos otra cosa de lo que somos. Construye teorías acerca de nuestra propia vida y esta narrativa de nuestra conducta pasada nos permea la conciencia. [...] Nuestros cerebros son automáticos porque el tejido físico se encarga de lo que hacemos. ¿Cómo podría ser de otro modo? El cerebro hace las cosas antes de que nuestro *self* conceptual lo sepa. [...] Por una parte, la interpretación de los sucesos pasados nos libera de la sensación de estar aherrojados por las demandas del entorno y, por otra, produce la grata sensación de que gobernamos nuestro destino.” (Gazzaniga, 1998, págs. 219/221) (El subrayado es nuestro.)



bre una audiencia es el de animarla a (intentar) postular un agente unificado a quien pertenecen esas palabras y sobre quien son esas palabras: es decir, la animan a postular un *centro de gravedad narrativo*.” (Daniel Dennett, 1995)

En cambio, tal como lo muestra el Psicoanálisis con la investigación de los sueños, la relación entre la narración explícita y el sujeto es menos transparente (Freud, 1900). El sujeto ha de ser “localizado”, “inferido” en la superficie de la narración, donde puede estar representado tanto por el personaje del propio yo como por cualquiera de los personajes del relato onírico; es posible que varios de los rasgos de los personajes representen al sujeto.

7. La intencionalidad en sentido amplio. La intencionalidad encarnada¹⁹

¿Es la intencionalidad en tanto “ser sobre”, una propiedad limitada a lo mental y al lenguaje, o esta intencionalidad mantiene también una “continuidad funcional”, para decirlo con Piaget, con una intencionalidad de la materia viviente? Así dice Angel Rivière, por ejemplo, articulando posiciones “cognitivistas” y “sociohistóricas”: “La intencionalidad, que es el rasgo esencial de lo mental, es una propiedad de la materia específica de la que está hecha la mente, de la materia biológica”. (Rivière, 1991)

Churchland, a su vez, piensa que es posible atribuir intencionalidad al cerebro como órgano capaz de tener contenidos proposicionales²⁰, mientras que para Searle es necesario explicar cómo se las arregla el cerebro para producir intencionalidad.²¹

Mi propuesta en este artículo es destacar que la Intencionalidad no puede ser una propiedad de lo psíquico si no se considera que la “vida psíquica” no sólo debe estar encarnada en un cerebro, como aparato soporte, sino que requiere de un “contexto indispensable” que es el “cuerpo propio”.

¹⁹ Remedando la expresión de Fodor Inteligencia Encarnada (IE) (Fodor, 1995)

²⁰ “Pero aunque la intencionalidad haya sido mencionada con frecuencia como la ‘marca de lo mental’, esto no constituye necesariamente una presunción a favor de alguna forma de dualismo. Ya hemos visto, en el capítulo 2.3, cómo estados puramente físicos, como los estados cerebrales, podían tener contenido proposicional y, por ende, manifestar intencionalidad. Al parecer, tener contenido o significado es simplemente cumplir una función específica en una economía compleja inferencial/computacional. Y no hay ninguna razón por la cual los estados internos de un cerebro, o inclusive de un ordenador, no puedan cumplir esa función.” (Churchland, 1984) (El subrayado es nuestro.)

²¹ “Por lo que sabemos, el tipo de realizaciones que los estados Intencionales tienen en el cerebro pueden ser descritos en un nivel funcional de nivel superior al de la bioquímica específica de las neuronas involucradas. Mi propia suposición especulativa, y en el estado actual de nuestro conocimiento de neurofisiología sólo puede ser una especulación, es que si llegamos a comprender el modo de operar del cerebro para producir Intencionalidad, es probable que sea de acuerdo con principios bastante diferentes de los que ahora empleamos, tan diferentes como lo son los principios de la mecánica cuántica de los principios de la mecánica newtoniana; pero cualesquiera principios, para dar una explicación adecuada del cerebro, tendrán que reconocer la realidad de, y explicar las capacidades causales de, la Intencionalidad del cerebro.” (Searle, 1983; pág. 175-6) (El subrayado es nuestro.)



Una intencionalidad en sentido amplio, propia del organismo vivo, que en función de tener un *cuerpo del apremio*, es un “ser dirigido hacia el objeto” del que “debe” tener alguna forma elemental de “representación” para poder orientarse hacia él.

Acordamos con el modelo llamado Funcionalismo Teleológico de Lycan (1987) quien considera cierta continuidad de “intencionalidad” en lo viviente, lo que no implica confundir sus diversos grados o formas: “Consideraciones paralelas valen para el problema de la intencionalidad. Pensamos que el estado de un organismo o es intencional o no lo es, y luego nos preguntamos cuál podría ser el lugar funcional o institucional de la intencionalidad. No creo que la intencionalidad pueda ser una propiedad *puramente* funcional, por razones que ya son familiares, pero en la medida en que lo pueda ser, creo que haríamos bien en admitir que la intencionalidad misma es gradual. Las ‘señales’ de la intencionalidad o de la referencia a [*aboutness*] tampoco son muy claras, pero lo que parece evidente cuando reflexionamos es que existe un nivel intermedio de caracterización funcional que ofrece una *clase* de direccionalidad-hacia-un-objeto-o-tipo-no-existente-possible [*directedness-upon-a-possible-non-existent-object-or-type*] que cae sin embargo fuera de la intencionalidad plena y variada que exhibe la mente humana. En este nivel intermedio empleamos teóricamente términos sistémicos [*system-theoretical*], hablamos de ‘detectores’, ‘lectores’, ‘filtros’, ‘inhibidores’ y demás, entendiendo estos términos en sentido literal pero sin imputarles realmente *contenido* [*thought*] o lo que podría ser llamado referencia-‘ocurrente’ [*occurrent aboutness*]. Pero tengo que dejar para otra ocasión el desarrollo de estas observaciones.” (Lycan, 1987; pág. 159/60)

Para diferenciar el lugar del *cerebro*²² y del *cuerpo propio* en cuanto a la constitución subjetiva, me parece útil partir de la propuesta del Funcionalismo en el sentido de Hilary Putnam (Gardner, 1985), que diferencia la capacidad cognitiva lógica de sus soportes materiales en los que se realiza. La metáfora funcionalista nos hace ver cómo las propiedades de ese sistema lógico, simbólico, en tanto aparato mecánico-lógico, pueden operar ancladas en cualquier soporte material. El Funcionalismo sostiene la llamada *metáfora del ordenador*, según la cual la mente humana es una computadora, en tanto máquina productora de “sentido” de una forma ciega al contexto. Sin embargo, es necesario plantearse la crítica que hace Searle (Searle, 1984) al indicar los elementos que pueden faltarle a la máquina, al automatom, para este procesamiento. Sostiene Searle que la computadora “parece” pensar, pero no es suficiente una máquina de combinaciones simbólicas para que su producción resulten “pensamientos con significado”. En este sentido, Searle plantea que para que haya signifi-

²² “El sistema nervioso como el cuerpo y el entorno son sistemas dinámicos altamente estructurados, ricos y complicados, acoplados el uno con el otro en un claro sentido bidireccional. Las conductas adaptativas ‘emergen’ de la interacción entre los sistemas y se correlacionan con fenómenos de neuroplasticidad cerebral que le confieren sustrato real (formación de circuitos de procesamiento) con su correspondiente salida conductual.” (Zieher, 2001)



cación esa máquina debe estar anclada en un organismo biológico que él limita al “cerebro”. Sostiene que la intencionalidad *emerge* del funcionamiento del cuerpo biológico pero entendido sólo como cerebro, y considera que no hay un hiato sino una equivalencia entre los *estados mentales* y los *estados cerebrales* y que éstos están *realizados en el cerebro y causados por el cerebro*, conclusión esta última sobre los mecanismos de producción de lo mental que permite un deslizamiento, en tanto “causalidad” de los “contenidos mentales” con el que no estamos de acuerdo (Canteros, 2000a).

Sostengo que el pensamiento muestra que, además de ser la implementación de un algoritmo, de un mecanismo inferencial, de combinación de informaciones, es necesario que esté anclado, realizado en un cuerpo, como cuerpo biológico y no sólo en un cerebro. Es necesario un *cuerpo propio* que aporta un “contexto indispensable” a la máquina que, en definitiva, deberá determinar frente a la *representación* del “estado de cosas del mundo” el tipo de *modo intencional del organismo* hacia éste. Por lo tanto, debemos sostener que sólo pueden ser entendidos estos “estados cerebrales” si se producen en un organismo en contexto, en situación.

En el caso del hombre, el *cuerpo propio* es fuente de requerimientos al contexto del orden del “alimento” y del “sexo” o del “hambre” y del “amor”, para decirlo con la metáfora de Schiller, que toma Freud para clivar el orden de la *necesidad* del orden de la *pulsión*. Esto tiene una importancia práctica evidente: no se trata en la dirección de la cura sólo de cambiar los “estados cerebrales” como causa de los “estados mentales”, sino del cambio de la relación del “organismo”, o del *sujeto, en relación al mundo*, al Otro, causa de su padecer y de las representaciones de sus estados mentales.

Por lo tanto, debemos sostener que el cerebro-mente no sería eficiente en su producir *intencionalidad* si no fuera capaz de articular en ella, en alguno de los “modos intencionales”, “las causas”, el *cuerpo-causa*, el *objeto-causa*, con la *representación*, reflejándolos en las “actitudes intencionales”. *Causas* que el Psicoanálisis replantea de la Teleología Evolucionista con la Teoría Pulsional, y *Representación* que el Psicoanálisis replantea de la Psicología Intencionalista con su Teoría de una Representación Inconsciente, “opaca” a la Realidad, en tanto no directamente transparente a la misma, sino mediatizada por el sujeto inconsciente. Podríamos decir que si el sistema cognitivo produce la transformación de las “causas” en “representaciones intencionales”, el Psicoanálisis replantea la “intencionalidad” tomando la *representación* como signifiicante y, más aún, como pregunta por la *causa* inconsciente.

Las dos coordenadas, o indicadores del orden causal, que el Psicoanálisis considera básicas para este programa con que procede el sistema cognitivo, son los significantes del *placer-displacer*; marcas “tensivas” de la pulsión, que provienen del *cuerpo*



propio, y los significantes del *Deseo*, marcas “opositivas”, que devienen de la intervención del *Otro*, entre ambas existen articulaciones (abrochaduras y des-abrochaduras) que no podemos abordar aquí.

8. La trama y la ubicación subjetiva

Las investigaciones que sostienen la metáfora cerebral parecen conducir a pensar que el yo es una “ficción”, que no hay en el sistema nervioso ninguna estructura equivalente al yo de la Psicología del Sentido Común, al sujeto de la atribución consciente. No hay ningún centro rector del Todo²³. El yo, el sujeto, entonces, serían estructuras, al menos desde el punto de vista de la Neurociencia, puramente imaginarios. Creemos ser alguien, cuando en realidad somos un conjunto de mecanismos que sueña que es un yo²⁴, que es una persona. Algunos sostienen, desde Wittgenstein, que esa creencia fue el pecado de la Psicología, “errores del lenguaje”, que habría que exorcizar. La Psicología sería, entonces, una ciencia provisoria hasta que la Neurociencia diera la respuesta que haga innecesarios los enunciados de la Psicología, hechos de esas supuestas “creencias” y “deseos” de la Psicología del Sentido Común, que no serían más que las ficciones compartidas; un imaginario social construido en el bache de la ignorancia, que hoy una ciencia empírica podría responder sin recurrir a esos “engaños”.

Sin embargo, y ante el “hecho”, porque no deja de serlo, de que los seres humanos se conducen bajo la creencia de ser un “sujeto”, se han desarrollado en los últimos años investigaciones que aportan algunas conclusiones a partir de estas dos premisas en tensión: 1- nuestro organismo, nuestro cerebro y nuestra mente están constituidos por una diversidad de funciones, de módulos, que actúan en forma paralela, sin que la conciencia o alguna estructura o centro equivalente realizara una función de síntesis o de unificación; 2- el sistema o el organismo, a pesar de su multiplicidad, se conduce bajo la creencia de ser una unidad, y de hecho, más allá de ciertas contradicciones, de alguna manera parece así conducirse.

Estos investigadores (Damasio, 2000; Gazzaniga, 1998; Humphrey, 1992; Dennett,

²³ “... esta atención exclusiva a subsistemas específicos de la mente/cerebro a menudo causa una especie de miopía teórica que impide a los investigadores ver que sus modelos aún presuponen que, en algún lugar, oculto en el oscuro ‘centro’ de la mente/cerebro, hay un Teatro Cartesiano, un lugar al que ‘todo va a parar’ y donde se produce la conciencia.” (Dennett, 1995) (El subrayado es nuestro.)

²⁴ “Al parecer, en nuestro interior se desarrolla sin pausa una narración privada. En cierta medida, consiste en el esfuerzo por esbozar un todo coherente a partir de los miles de sistemas que hemos heredado para enfrentar desafíos.” [...] “...religiosa también es nuestra insistencia (contra toda evidencia poscopernicana o posdarwiniana) en que no somos un accidente insignificante insertado en un universo vasto y sin causa, en creer que nuestra vida es una historia con un proyecto, una moral y una inevitabilidad, en que, como dijo Emerson, ‘una hebra recorre todas las cosas: todos los mundos se ensartan en ella como perlas; y los humanos, los acontecimientos y la vida sólo nos llegan gracias a esa hebra’. En otras palabras, queremos que nuestra subjetividad domine la realidad externa mediante arcanos laberintos y que el universo posea una estructura personal.” (Gazzaniga, 1998, págs. 46-7) (El subrayado es nuestro.)



1995; Churchland, 1984), se han ocupado de responder, desde sus respectivos campos, a interrogantes tales como ¿en qué consiste la conciencia?, ¿cómo se construye la noción de yo?, ¿qué es “ser un sujeto”²⁵; en síntesis, a no evitar la difícil pregunta de ¿cómo y por qué se constituye lo que podría llamarse la “hipótesis subjetiva”?

Por lo tanto, digámoslo del modo como la plantea desde la Filosofía de la Mente Daniel Dennett: “Podemos hacer en cualquier caso que la pregunta de si realmente existen los yos parezca algo ridículo a lo que responder: ¿Existimos *nosotros*? ¡Claro que sí! La pregunta presupone la respuesta. (Después de todo, ¿quién es ese *yo* que, según Hume, buscaba en vano un *yo*?) ¿Existen entidades, *en* nuestros cerebros, o *además* de nuestros cerebros, que controlen nuestros cuerpos, piensen nuestros pensamientos, tomen nuestras decisiones? ¡Claro que no! Esta idea es o una idiotez empírica (la “neurona pontificia” de James) o una estupidez metafísica (el “espíritu en la máquina” de Ryle). Cuando ante una pregunta tan simple se pueden dar dos respuestas, “¡claro que sí!” y “¡claro que no!”, suele ser recomendable considerar una posición intermedia (Dennett, 1991a), aunque esté condenada a resultar profundamente contraintuitiva para los partidarios de una u otra respuesta; ¡todos coincidirán en que niega algún hecho evidente u otro!” (Dennett, 1995)

También Damasio muestra las dificultades surgidas de aquellos modelos, generados a partir de la Inteligencia Artificial, que pretenden reducir el sujeto a una “sociedad de autómatas”, es decir, de múltiples instancias atómicas de “tomas de decisiones” elementales, conocidas habitualmente como “homúnculos”.

“El problema con la solución del homúnculo era que el enano omnisciente urdía el saber para cada uno de nosotros, pero luego debía enfrentar la dificultad con que nos habíamos topado en primer lugar: ¿quién urdía *su* saber? Pues bien, otro enano, claro está, más pequeño aún. Asu vez, este segundo enano habría necesitado un tercer enano omnisciente en su interior. La cadena era interminable y esta dificultad diferida –conocida como “regresión infinita”– descalificó definitivamente la solución del homúnculo. Por cierto, la descalificación fue ventajosa, porque enfatizó la inadecuación de un tradicional “centro” reseñador cerebral para algo tan complejo como saber. Pero tuvo un efecto álgido en el desarrollo de soluciones alternativas. Creó un cierto temor al homúnculo, peor que el miedo a volar, que a la postre se convirtió en temor de especificar un *self* sapiente, cognitiva y neuroanatómicamente hablando. En otras palabras: de estar dentro de un pequeño enano cerebral, el acto de saber y de *self* pasó a no estar en ninguna parte.” (Damasio, 2000, pág. 211/2) (El subrayado es nuestro.)

²⁵ Sea “neuronal” para el neurocientista y “discursiva” para el psicoanalista.



Descartada, como decíamos, en el campo de la Neurociencia, una “estructura central unificadora” a la que fuera a parar toda la información, y aceptando la multiplicidad de módulos y funciones del cerebro, las investigaciones suelen presentar modelos en los cuales se recurre a explicaciones de tipo *recursivo* y de redescipción representacional. Según estos modelos, el sistema nervioso posibilita construir representaciones cada vez más amplias, no sólo del mundo sino también del propio organismo, en las cuales, a su vez, los mismos agentes representativos resultan objeto de la representación.

Lo que parece interesante de estas investigaciones es finalmente la explicación de la constitución del “yo”, en función de procesos recursivos en el seno del funcionamiento cerebral, sea que se dé o no en ellos prioridad fundante al lenguaje. Por ejemplo, según Dennett: “Un yo, de acuerdo con mi teoría, no es un viejo punto matemático, sino una abstracción que se define por la multitud de atribuciones e interpretaciones (incluidas las autoatribuciones y las autorrepresentaciones) que han compuesto la biografía del cuerpo viviente del cual es su centro de gravedad narrativa. Como tal, juega un papel particularmente importante en la economía cognitiva en curso de ese cuerpo viviente, porque, de todas las cosas del entorno sobre las cuales un cuerpo activo debe construir modelos mentales, ninguno es tan importante como el modelo que el agente tiene de sí mismo”. (Dennett, 1995)

Y agrega: “Los físicos aprecian la enorme simplificación que se obtiene al postular el centro de gravedad de un objeto, un único punto en relación al cual todas las fuerzas gravitatorias pueden ser calculadas. Nosotros, los heterofenomenólogos, apreciamos la enorme simplificación que se obtiene al postular un centro de gravedad narrativa para el tejido narrativo de un cuerpo humano. Como el yo biológico, este yo narrativo o psicológico es otra abstracción, no una cosa en el cerebro, pero, con todo, es un atraedor de propiedades muy robusto y casi tangible, el ‘propietario del registro’ de todos aquellos elementos y aquellos rasgos que no han sido reclamados. ¿Quién es el dueño de su coche? Usted ¿Quién es el dueño de su ropa? Usted. Entonces, ¿quién es el dueño de su cuerpo? ¡Usted!” (Dennett, 1995) (El subrayado es nuestro.)

Como vemos, estos modelos tienden a describir esta redescipción representacional en términos de producción de narraciones en las cuales sus protagonistas son el “organismo”, el “objeto del mundo”, entre los cuales ocurren “transformaciones” mutuas. Narraciones que se van ampliando e incluyendo al propio sujeto de la representación, no en tanto “objeto representado” sino en tanto “agente representativo”.

“La forma más simple de tal presencia también es una imagen, en realidad el tipo de imagen que constituye un sentimiento. En ese sentido tu presencia es el sentir, lo que sucede cuando el acto de aprehender algo modifica tu ser.” [...] “¿Cómo tenemos una sensación de self en el acto de conocer? Consiste en erigir una reseña de lo que acon-



tece dentro del organismo cuando éste interactúa con un objeto, puntualmente percibido o evocado, adentro de la delimitación corporal (por ejemplo, dolor) o afuera (un paisaje). Esta reseña es una mera narración sin palabras. Incluye personajes (el organismo, el objeto), se despliega en el tiempo y tiene un comienzo, un intermedio y un final. El comienzo corresponde al estado inicial del organismo. El intermedio es la llegada del objeto. El final lo urden las reacciones que rematan en el estado modificado del organismo.” [...] “Organismo y objeto se cartografían como patrones neurales en mapas de primer orden y todos estos patrones pueden transformarse en imágenes. Los mapas sensoriomotores pertinentes al objeto causan cambios en los mapas afines del organismo. Los cambios descritos en 3 pueden ser re-representados en otros mapas (mapas de segundo orden) que representan la relación objeto-organismo. A medida que las imágenes del objeto *afectan* el estado del organismo, otro nivel del cerebro crea una veloz narración no verbal de los eventos en curso en las diversas regiones del cerebro activadas por la interacción objeto-organismo.” [...] “En retrospectiva, con la licencia de la metáfora, podría decirse que el veloz relato no verbal de segundo orden narra una historia: la del organismo captado en el acto de representar su propio estado mudable conforme se dedica a representar otra cosa. Pero el hecho asombroso es que la identidad cognoscente del captador solo se crea en la narración del proceso de captar.” (Damasio, 2000, pág. 211/2) (El subrayado es nuestro.)

Para autores como Damasio, esta narración comienza siendo un proceso independiente del lenguaje; para luego, y especialmente en el caso de la conciencia ampliada²⁶ del hombre, llegar a producir una narración lingüística del mismo: “En el caso de los humanos, la narración no verbal de segundo orden de la conciencia puede ser traducida de inmediato en lenguaje. Uno podría denominar esta traducción como narración de tercer orden.” [...] “Cuando pensadores tan diversos como Daniel Dennett, Humberto Maturana y Francisco Varela hablan de conciencia, habitualmente se refieren a un fenómeno posterior al lenguaje.” [...] “No tengo problemas con sus postulados, pero quiero aclarar que en mi propuesta la conciencia ampliada cabalga sobre la conciencia nuclear que nosotros y otras especies hemos tenido desde épocas inmemoriales, y seguimos teniendo.” (Damasio, 2000)

Para otros, en cambio, como Gazzaniga, la narración resulta solidaria con el lenguaje en la medida que es efecto de una estructura que él describe dentro del hemisferio

²⁶ “En otras palabras, la conciencia ampliada es la preciosa consecuencia de dos contribuciones determinantes: primero, la habilidad de aprender y retener miríadas de experiencias, previamente conocidas gracias al poder de la conciencia nuclear. Segundo, la capacidad de reactivar esos registros de manera que –en calidad de objetos– también puedan generar una sensación de “*self* conociendo” y por ende ser conocidos.” [...] “Así, la conciencia ampliada es la capacidad de estar conscientes de una vasta esfera de entidades y sucesos. es decir, la habilidad de generar una sensación de perspectiva individual, propiedad y agencia, sobre un ámbito mayor de conocimiento que el evaluado por la conciencia nuclear. La sensación de *self* autobiográfico a la que se atribuye este rango más vasto de conocimiento incluye informaciones biográficas únicas.” (Damasio, 2000, pág. 211/2) (El subrayado es nuestro.)



izquierdo a la que llama *intérprete*.²⁷: "... nuestra especie posee un componente cerebral especial que denominaré 'intérprete'. Aunque en cualquier momento de nuestros estados de vigilia puede ocurrir un comportamiento ocasionado por uno de esos módulos, nuestro 'intérprete' se acomoda y construye al instante una teoría para explicar por qué se ha producido ese comportamiento." (Gazzaniga, 1985, pág. 18)

Todo parece indicar que la recursividad implicada en la Redescrición Representacional²⁸ encontraría en el funcionamiento del sistema nervioso un *soporte* adecuado a estos mecanismos, tales como los que hemos mencionado en la *Carta 52* y en el *PPN*, y es la que permite no sólo la construcción de la representación del propio organismo, sino, particularmente del hombre, de la construcción de un "yo" y de la noción de sujeto, merced a un proceso de Recursividad Intencional solidario a la existencia del Lenguaje.

Pero en este punto debemos aclarar que la redescrición narrativa que comienza en la relación entre "cuerpo propio" del sujeto y el Otro, y que dispone de la "trama neuronal" requiere, a su vez, de una "trama narrativa" desarrollada en el discurso del Otro. Sin esta última, digámoslo con Chomsky, la "gramática universal" de una potencial "competencia inicial" subjetiva no alcanzaría a dar lugar a una "gramática particular", verdadero sostén de la ejecución del *sujeto*. Esta historización y particularización de la estructura, indispensable a la constitución del sujeto, fue desarrollada en el Psicoanálisis a través, entre otros, del concepto de *identificación*.

El proceso de Redescrición Representacional permite, a su vez, que la multiplicidad de funciones pueda constituir una sostenida unidad de sí mismo, producida aunque no garantizada. Vacilaciones o claudicaciones se producen por alteración de la misma trama neuronal, del lenguaje o de la trama simbólica; entonces la misma representación del yo puede ser afectada en distintos grados y aspectos.

En la multiplicidad de la Redescrición Representacional, en serie, de Karmiloff-Smith o de las Versiones Múltiples, en paralelo, de Daniel Dennett, para decirlo con los modelos que venimos utilizando, será necesario, entonces, conservar un hilo, una "repetición", que permita lograr cierta unidad en la multiplicidad. La Redescrición Representacional, como ocurre con otros procesos recursivos posibilita, justamente, versiones mentales diversas en las que, sin embargo, hay conservación de lo mismo y, a su vez, permite hacer de lo mismo algo diverso. Esta recurrencia en las representaciones mentales la podemos ver como solidaria a las *isotopías del discurso*, que otorgan a éste cierta unidad.

²⁷ "La dinámica existente entre nuestros módulos mentales y nuestro módulo 'intérprete' del cerebro izquierdo es la responsable de la generación de las creencias humanas." (Gazzaniga, 1985, pág. 18)

²⁸ "La flexibilidad cognitiva y la conciencia surgen, en última instancia, en virtud de la reiteración del proceso de redescrición representacional, y no simplemente como consecuencia de la interacción con el ambiente externo." (Karmiloff-Smith, 1992)



“No es casual que este tema surja dentro del capítulo dedicado a la recursividad, ya que ésta es un fenómeno donde la ‘similitud en la diversidad’ cumple un papel central. La recursividad se basa en que la ‘misma’ cosa aparece en diferentes niveles al mismo tiempo. Pero los hechos ubicados en los diferentes niveles *no son* exactamente los mismos: antes bien, lo que hallamos son algunos rasgos constantes en medio de muchos aspectos diferenciales.” (Hofstadter, 1979, pág. 164)

La idea de construir de una unidad en el funcionamiento mental podría aventurar la idea de una Redescrición Representacional que llegase a constituir una conciencia del Todo. La idea freudiana acorde a *El yo y el ello*, por ejemplo, implica, al menos, un tope a esa unidad totalizante a través del defasajes diacrónicos y sincrónicos, constituyendo ella sólo un proceso ilusorio. Sin embargo, esto no querría decir que el sujeto está tan sólo constituido por una colección atómica de sujetos, de una “sociedad de la mente” devenida de una “regresión infinita” de “homúnculos” o de cualquier otra representación de unidades discretas que no se re-describen en unidades más amplias, al explicar al sujeto por la subdivisión de unidades cada vez simples. Esta regresión puede tomar un carácter reductivo, al pasar de unidades intencionales productoras de sentido a unidades no intencionales automáticas, sin registro del sentido, de explicaciones en términos de razones teleológicas a explicaciones en términos de razones mecánicas, sean éstas dentro de un “sistema orgánico” o de un “sistema simbólico”. Es en esta tensión donde podemos ubicar explicaciones como las de Fodor y de Lycan.

Para Fodor: “La naturaleza se las ha arreglado para tener las dos cosas, lo mejor de los sistemas estúpidos pero rápidos y lo mejor de los sistemas contemplativos pero lentos, simplemente negándose a elegir entre ambos.” (Fodor, 1985, p.4)

Para Lycan: “El Homúnculo funcionalismo proporciona los rudimentos de estas explicaciones. La aparente irreducibilidad de lo mental es la irreducibilidad genuina de los tipos institucionales a los menos teleológicos. La dificultad de bosquejar una reducción defendible de lo mental incluso a lo institucional se debe a nuestra ignorancia de las operaciones organizativas de la institución misma en un nivel suficientemente bajo de abstracción. La irreducibilidad de tipos institucionales a tipos más fisiológicos no es un problema, en la medida en que nuestro sistema de categorías institucionales, nuestro sistema de categorías fisiológicas y nuestro sistema de categorías físicas, sean agrupamientos alternativos de los mismos casos.” (Lycan, 1987; pág. 150) (El subrayado es nuestro.)

“El punto teórico es que el carácter teleológico o teleologicidad [teleologicalness] de las caracterizaciones es una cuestión de grado: algunas caracterizaciones de algo son más teleológicas que otras. Una y la misma raja [*slice*] de espacio-tiempo puede ser ocupada por una colección de moléculas, un trozo de material muy duro, una barra



de metal con una paleta, lo que desplaza al pasador de una cerradura, una llave, un instrumento para abrir una puerta, lo que permite la entrada a un cuarto de hotel, lo que facilita relaciones adúlteras, un destructor de almas.” “Así, no podemos dividir con nitidez nuestra teoría de la naturaleza en una parte ‘que se porta bien’, puramente mecánica, y una parte vitalista desordenada y dudosa que es mejor ignorar o suprimir.” (Lycan, 1987; pág. 151) (El subrayado es nuestro.)

Entonces la cuestión no se trata de la innegable materialidad de las estructuras en juego sino de los contextos semánticos en los cuales éstas se integran, dando lugar a funciones diversas pero que, sin embargo, pueden conservar, a pesar de la diversidad, algún grado de “continuidad funcional”, “continuidad teleológica”²⁹, según Lycan, “articulación sintácticas-semánticas”, según la TRM de Fodor.³⁰

Ahora bien, ¿Por qué será necesario que el hombre se considere y considere al otro un ser con intencionalidad? En definitiva, si esto no es más que una atribución, ¿por qué es necesaria? ¿Y si fuera solamente una ilusión, una interpretación, como dice Gazzaniga (Gazzaniga, 1998) del interpretante interno? ³¹ Si fuera sólo producto de una interpretación arbitraria apaciguadora ¿qué valor tendría, tal como parece tener, la Teoría de la Mente, es decir, aquel módulo cerebro-mental recientemente propuesto, entre otros, por Alan Leslie (Leslie, 1987) y Angel Rivière (Rivière, 1991), capaz de interpretar y atribuir intencionalidad a las mentes de los semejantes, capacidad que resultará una función indispensable para la interacción social y que le otorga al ser humano ventajas pragmáticas considerables³². ¿Sería, entonces, puramente ficcional esa atribución de intenciones al Otro o en definitiva a nosotros mismos? Podemos pensar, sin embargo, que esa atribución permite cierto “saber” sobre la men-

²⁹ “¿En qué punto de este descenso a través de la jerarquía institucional (del *reconocedor de rostros* al *dispositivo de lectura* al *fotómetro* a la *substancia fotosensible*, y hasta donde uno quiera seguir) deja nuestra caracterización de ser teleológica y comienza a ser puramente mecánica? Creo que es claro que no hay tal punto, sino más bien un continuo finamente tramado que conecta lo abstracto y altamente teleológico con lo granularmente concreto y sólo marginalmente teleológico. Y ésta es la razón por la cual lo mental puede *parecer* totalmente distinto y aislado de lo físico-químico sin *ser* ontológicamente tal cosa. (Lycan, 1987; pág. 152/3)

³⁰ “... la computación nos muestra cómo se conectan a través de la sintaxis, las propiedades causales de un símbolo con sus propiedades semánticas, y cómo la sintaxis de un símbolo puede determinar las causas y los efectos de sus casos.” (Fodor, 1975, citado por Rabossi, 1995, p.27)

³¹ Interpretante que nos recuerda el arbitrario trabajo de la elaboración secundaria de los procesos oníricos (Freud, 1900), que otorga coherencia y significación sin cuidado alguno a su correspondencia con la verdad.

³² Tenemos de este proceso una excelente ilustración en: “Un ejemplo clásico de procedimiento recursivo dotado de parámetros es el de elección del ‘mejor’ movimiento en ajedrez. El procedimiento recursivo que persigue el mejor movimiento opera mediante la suposición conjetural de una jugada, ¡seguida por *la apelación a uno mismo, puesto en el lugar del oponente!* Desde aquí no conjeturará otro movimiento y se pondrá de inmediato en el papel del oponente de su oponente, o sea en el de uno mismo.” (Hofstadter, Douglas R., 1979, pág.167).



te del Otro y de nosotros mismos, que posibilita nuestra ubicación en la trama interactiva en tanto agentes de una acción.

Si bien partimos de la constitución del sujeto en tanto anclado a un “cuerpo propio” y en tanto anclado a la relación con el Otro, sabemos que esos anclajes que pueden fallar y que el yo, el sujeto, puede extraviarse en los vericuetos de la trama donde habrá de faltarle un “hilo de Ariadna” para la orientación subjetiva.

“La primera utilidad de la reseña en imágenes de la relación objeto-organismo es informar al organismo qué está haciendo. ¿Qué está sucediendo? ¿Cuál es la relación entre imágenes de cosas y este cuerpo? ¿A quién le están sucediendo estas cosas?” [...] “La estrecha vinculación entre la regulación de la vida y el procesamiento de imágenes implícito en la sensación de perspectiva individual. El sentido propietario se oculta, por así decirlo, bajo la sensación de perspectiva.” (Damasio, 2000)

La subjetividad que, si bien se “asienta en el cuerpo”, no deviene sino en forma de bucle (Hofstadter, 1979; Morin, 1992a) de aquél, a través del discurso del Otro. Los pasos de esta “constitución subjetiva” parten de una “trama corporal”, tal como vimos con el PPN, y de una estructura representacional y lingüística, de la cual sabemos fundamentalmente que proviene del Otro. Entonces a la *trama neuronal* habrá que articular una *trama simbólica de narrativas*, de escenas vividas, como representaciones del encuentro del sujeto con el Otro, que ocurren siempre en el interior de un discurso.

Ahora bien, hablamos de “trama”³³, y aún de narrativa, pero ¿cómo ubicar en una trama, en una urdimbre, en un tejido a un sujeto? ¿cuál es su lugar? ¿dónde deberíamos ubicar a nuestro paciente en su discurso, por ejemplo?, ¿dónde ubicarnos a nosotros en nuestros sueños?

Varios conceptos que sólo mencionaré aquí abordan esta ubicación tales como “sujeto de la experiencia”³⁴, “aspectos subjetivos de la experiencia”³⁵, “centro de perspectiva”, y también “centro de gravedad narrativo”.

³³ Sea “neuronal” para el neurocientista y “discursiva” para el psicoanalista.

³⁴ “Si no hay un portador de las representaciones, tampoco hay representaciones, pues éstas necesitan de un portador sin el cual no pueden existir. ¿Puede haber una experiencia sin alguien que la experimente? ¿Qué sería este gran espectáculo sin un espectador? ¿Puede existir un dolor sin alguien que lo tenga? El ser sentido es condición necesaria del dolor y, a su vez, es condición del ser sentido alguien que sienta. Hay algo que no es representación mía y que sí puede ser objeto de mi consideración, de mi pensamiento, y yo soy algo de esa suerte. ¿O acaso puedo ser parte del contenido de mi conciencia...?” (Frege, 1918, pág. 41)

³⁵ “Pero por mucho que varíe la forma, el hecho de que un organismo tenga conciencia *de cualquier tipo* significa, fundamentalmente, que existe algo que es como ser dicho organismo.” [...] “.. y solamente

continúa en pág. 62



Si recordamos aquel yo del Proyecto, en tanto construido originalmente entre el registro del *cuerpo propio* y la percepción del Otro, del que decíamos tenía un doble origen: su polo corporal, “endógeno”, y su polo perceptual, “superficial”, el sujeto debería ser ubicado dentro de esos parámetros. En el *polo perceptual*, en la diferencia entre *percepción* y *sensación*, tal como lo señala Nick Humphrey, diferencia como derivada de la percepción propia de una superficie, una hacia el lado del objeto y la otra hacia el lado del sujeto (Humphrey, 1992)³⁶.

“Lo que se postula es que las dos categorías de experiencias –sensación y percepción, representaciones autocéntricas y allocéntricas, sensaciones subjetivas y fenómenos físicos– constituyen modos alternativos y esencialmente no superpuestos de interpretar el significado de un estímulo ambiental que llega al cuerpo. De modo que, cuando huelo una rosa, la sensación provee la respuesta a la pregunta “¿Qué me está ocurriendo?”, y la percepción, la respuesta a la pregunta “¿Qué está pasando allí afuera?”. [...] “Muchos psicólogos que se ocupaban de los procesos sensoriales pasaron a concentrarse enteramente en la percepción y dejaron de interesarse por completo en la sensación en cuanto tal. Y con ello dejaron de interesarse en la ‘autocentricidad’, la ‘intimidad’, el ‘afecto’ y en última instancia en todo el campo de las ‘sensaciones subjetivas’”. (Humphrey, 1992, pág. 51-55) (El subrayado es nuestro.)

En ese sentido, la “sensación” por su carácter reverberante sería uno de los primeros elementos en brindar una orientación al sujeto, lo que iría a constituir lo que se ha dado en llamar “centro de perspectiva” como representación del sujeto. Con respecto al *polo motor*, el registro de la diferencia entre la *acción planeada* y la *acción realizada*, sensaciones que cobrarán su valor a partir de la constitución de los deseos y afectos. El *deseo* lo ubica al sujeto en su relación hacia el objeto, el *afecto*, como la repercusión en sí mismo de su relación con el objeto. Coincidimos con aquellos que consideran al afecto, principalmente, como un proceso reverberante (Freud, 1895b; Humphrey, 1992), porque como dice Humphrey, “de lo que se trata en la respuesta *afectiva* no es otra cosa que la retroalimentación”, y en ese sentido pensamos que constituye también una pista para la ubicación subjetiva. Así lo sugiere Freud en la

en ese caso, algo que es como para el organismo. Podemos calificar esto como el carácter subjetivo de la experiencia.” [...] “No es analizable en términos de ningún sistema explicativo de los estados funcionales o de los estados intencionales, puesto que sería posible asignar dichos estados a robots o autómatas que se comportasen como personas aunque no experimentasen nada.” (Nagel, 1974, pág. 506) (El subrayado es nuestro.)

³⁶ “Para los seres humanos (y para otros organismos que han alcanzado este mismo nivel evolutivo) ‘sentir una sensación’ es ser el autor, audiencia y disfrutador de la actividad reverberante, tomo amasado en uno.” [...] “La conciencia está ligada a cuerpos interesados en sí mismos. Las sensaciones son actividades sensoriales que (en sus orígenes al menos) tienen que ver con lo que es ‘bueno o malo’. Sin el interés en sí mismo no puede haber tal evaluación de algo como bueno o malo, y por ende posibilidad alguna de una respuesta a la estimulación que posea esta dimensión afectiva.” (Humphrey, 1992, pág. 208-223) (El subrayado es nuestro.)



Interpretación de los Sueños (Freud, 1900): “Cuando estoy en duda acerca de cuál de las personas que aparecen en el sueño oculta a mi yo, me atengo a la siguiente regla: Es la persona que en el sueño experimenta un afecto que, que yo, como durmiente, siento.” (Freud, 1900). (El subrayado es nuestro.)

Sin embargo, para el Psicoanálisis los afectos, tal como aparecen en la superficie psíquica, pueden tener un carácter engañoso, el sujeto puede “sentir” o “creer sentir” en un lugar diverso de donde él está verdaderamente “ubicado” en la trama, y esto se hace relevante si definimos al sujeto más por el deseo que por el afecto³⁷ y, en última instancia, ésta es la posición del Psicoanálisis. Sin embargo: “Un cumplimiento de deseo tendría sin duda que brindar placer, pero también cabe preguntar: ¿a quién? Desde luego a quien tiene el deseo. Ahora bien, sabemos que el soñante mantiene con sus deseos una relación sumamente particular. Los desestima, los censura; en suma, no le gustan. [...] “...en su relación con sus deseos oníricos, el soñante sólo puede ser equiparado a una sumación de dos personas, que, empero, están ligadas por una fuerte comunidad...” (Freud, 1900) (El subrayado es nuestro.)

Esto nos lleva a concluir que el sujeto no queda definido, entonces, por una “posición central” en la trama sino por aquella que deviene de la tensión entre la multiplicidad de los deseos inconscientes y de las dimensiones de su ser sujeto.

Pero, es en el acto de enunciación, de un discurso verbal o de un discurso de la acción, cuando, a través del sujeto de la enunciación se produce como a través de un “cuello de botella”, o del “tallo de un micelio”, el surgimiento desde la multiplicidad de “mundos posibles” la delimitación de un discurso del que emerge el “sujeto del inconsciente”. Así parece decirlo Freud: “Los pensamientos oníricos con que nos tomamos a raíz de la interpretación tienen que permanecer sin cláusula alguna y desbordar en todas las direcciones dentro de la enmarañada red de nuestros mundos de pensamientos.” [...] “Y desde un lugar más espeso de ese tejido se eleva luego el deseo del sueño como el hongo de su micelio”. (Freud, 1900) (El subrayado es nuestro.)

Finalmente el sujeto, al producirse el “acto de puesta en escena”, queda definido al adoptar con respecto a él una posición que llamaremos *posición modal*: “Si el contenido del sueño –rectamente entendido– no es el envío de un espíritu extraño, es una parte de mi ser; si, de acuerdo con criterios sociales, quiero clasificar, como buenas o malas las aspiraciones que encuentro de mí, debo asumir la responsabilidad de ambas clases, y si para defenderme digo que lo desconocido, inconsciente, reprimido que hay en mí no es mi “yo”, no me sitúo en el terreno del psicoanálisis, no he aceptado sus conclusiones, acaso la crítica de mis prójimos, las perturbaciones de mis ac-

³⁷ Aunque esto no deja de plantear cuestiones que hacen a su necesaria articulación entre ambos en la dirección de la cura.



ciones y las confusiones de mis sentimiento me enseñen algo mejor. Puedo llegar a averiguar que eso desmentido por mí no sólo “está” en mí, sino en ocasiones también “produce efectos” desde mí.” (Freud, 1925) (El subrayado es nuestro.)

Quiero enfatizar dentro de las conclusiones de nuestro desarrollo, que estas puntualizaciones de la “localización” del sujeto en la obra freudiana nos muestra que la ubicación del sujeto humano requiere de un proceso recursivo tanto para constituirse como para interrogarse o reconocerse en sus deseos, en las intenciones de su ser, a posteriori de sus propios procesos enunciativos o en sus propias decisiones de vida, donde emerge algo de la verdad de su ser.

El aporte freudiano a la construcción del yo y a la construcción del sujeto considera, en un proceso recursivo, una RR, que presenta defasajes producidos entre los tiempos de las diversas dimensiones del sujeto, pulsionales *–tiempos de la pulsión–* y cognitivas *–tiempos del yo–* (Freud, 1896)³⁸. Dentro de ese defasaje, se van produciendo del mundo y de sí Múltiples Versiones, para decirlo con Dennett (Dennett, 1995), tanto sucesivas, diacrónicas, como simultáneas, sincrónicas. Pero, una particularidad del “sujeto humano” es ser testigo y efecto de la imposibilidad de una coherencia totalizadora de esas Múltiples Versiones. Lo fundamental en él es el estado de tensión que puede producirse entre esas versiones, no sólo como “conflicto cognitivo” sino, fundamentalmente, como “conflicto subjetivo y ético”, en tanto sujeto responsable (Freud, 1925), que adopta una posición frente al Otro; cómo él “elige”³⁹ conducirse en medio de las tensiones entre su *saber*, y su *querer*, su *poder* y su *deber*, para decirlo en los términos *modales* en los que entiendo que está planteado el último de los modelos freudianos, el del *El Yo y el Ello* (Freud, 1923), donde el ser está definido por la tensión entre el *Ello*, el *Yo* y el *Superyo*.

Acorde, entonces, a una intencionalidad “escindida” el *sujeto* aparece en la superficie, tal como se le presentó al Psicoanálisis, fundamentalmente, en el *síntoma*, como algo del orden del *error*, como *desvío* de un sujeto coherente. El “error”, el *Prôtom pseúdo*, marca discursiva del sujeto psicoanalítico en el PPN, es producido en la relación del sujeto con el Otro del goce sexual, por un defasaje entre dos dimensiones de su ser: el “registrar el hecho” y el “poder interpretarlo”, o bien, entre dos o más sentidos que pueden lograrse del mismo en las distintas versiones o momentos de su Redescrición Representacional⁴⁰. Ya en el PPN aclara Freud que éste es un “error” perteneciente al orden de lo necesario al desarrollo de todo sujeto humano, no del or-

³⁸ “... los períodos del desarrollo psíquico y las fases sexuales no coinciden.” (Freud, 1896, pág.277)

³⁹ En el sentido de “elección” inconsciente, del mismo que cuando Freud habla de “elección de neurosis”.

⁴⁰ De acuerdo con Karmiloff-Smith, (Karmiloff-Smith, 1992) la RR trabaja en forma permanente toda la vida, y además, en niveles diferentes según cada dominio.



den de lo contingente⁴¹, como podría hacer suponer un “episodio” de seducción temprana. Muestra los efectos del defasaje entre “fases” y entre “versiones”, que para Freud constituye el núcleo de su concepción de sujeto humano, como sujeto en tensión.

En ese sentido, los *pasos de la constitución de la subjetividad* dan lugar a inclusiones de nuevas dimensiones, dimensiones en las que se conserva o se pierde algo de los antiguos “yoes” en esta RR. La continuidad, por ejemplo, de ciertos aspectos del *yo sintiente*, de un *yo real*, guiado por “signos perceptivos objetivos” del mundo y del cuerpo, y aspectos de un *yo de placer*, que engloba y excluye de sí de acuerdo a sus deseos primarios, en el sujeto posterior, representado por un *yo coherente*, por un lado, y por un “sujeto del *Prôtom pseúdo*” por otro.

Acorde a estos procesos el yo se constituye, a su vez, a partir de una Intencionalidad Recursiva donde el Otro presenta su propia intencionalidad, su deseo sería mejor decir, que va produciendo efectos reverberantes sobre el propio sujeto. Recursividades que van dando lugar, al mismo tiempo, a ciertos *desacoples*. Si bien debe haber una cierta continuidad entre el yo “sintiente” –el “yo real”–, el “yo del placer” y el “yo de realidad”⁴² (Freud, 1915) y, a su vez, entre este “yo coherente” y el “sujeto inconsciente”, debe ocurrir un *desacople* entre ellos, un *desembraque*, entre *sujeto* y *yo*, en la medida en que el sujeto puede *des-glosarse* al captarse, en cierto deslizamiento, como “yo”, en tanto sujeto del enunciado, y en tanto “yo” como sujeto de la enunciación. Captarse; en tanto *sujeto observador*, como *sujeto que modaliza los efectos de su enunciación*, lo que le permite concebirse como *sujeto modal*. Lugar éste de la estructura por cuanto el *sujeto modal* no es sino un “casilla vacía”⁴³ donde puede ocupar ese lugar “su yo” y/o un Otro. Esa construcción o *desacople yo-sujeto* permite, merced a una *recursividad en cuarto grado*, que sea el *discurso* el lugar para captarse el sujeto así constituido, que, como vimos, se puede asentar en distintos lugares de la *trama* ya que no está abrochado a un solo lugar de ella.

⁴¹ Freud dirá “Si bien en la vida psíquica no es habitual que un recuerdo despierte un afecto que no llevó como vivencia, eso es algo por entero habitual en el caso de la representación sexual, justamente porque la dilación de la pubertad es un carácter universal de la organización. Toda persona adolescente tiene huellas que sólo pueden ser comprendidas con la emergencia de sensaciones sexuales propias: se diría entonces que todo adolescente porta dentro de sí el germen de la histeria”. (Freud, 1895b, pág. 404). (El subrayado es nuestro.)

⁴² Podríamos plantearnos las siguientes re-descripciones recursivas tanto del yo como del objeto, tal como se presentan en la obra freudiana:

{(signos perceptivos)	representación-cosa	representación- palabra	Representación del objeto
{(Yo real)	Yo del placer	Yo de Realidad definitivo}	Sujeto Modal

⁴³ “La modalización de la negación. Posición que el sujeto neurótico asume con relación a su dicho. La palabra ‘significante’ está presente en el dicho y, como tal, es distinto del índice de la negación que viene a modificar la relación del sujeto con él.” (Miller, 1997) (El subrayado es nuestro.)



“La enumeración recursiva es un proceso donde surgen elementos nuevos a partir de elementos anteriores, por la acción de reglas establecidas.” (Hofstadter, 1979)

Descriptores

Cuerpo / mente / cerebro / subjetividad / redescrición representacional / intencionalidad recursiva / intencionalidad escindida.

Body / brain / mind / subjectivity / recursive redescription / recursive intentionality / split intentionality.

Bibliografía

Belinchon, M.; Rivière, A. e Ygoa, (1992). *Psicología del lenguaje. Investigación y teoría*. Editorial Trota. Madrid. España. 1992.

Brentano, F. (1874). *Psicología*. Estudio científico de los procesos psíquicos. Editorial Revista de Occidente. Madrid. 1960.

Bruner, J. (1984). *Acción, pensamiento y lenguaje*. Madrid. Alianza. Psicología. 1984.

Cabanchik, S. (1995). Curso “Intencionalidad y Filosofía de la Mente” (Director: Jorge Canteros). Dictado en UB. Buenos Aires. 1995.

Canteros, J. (2001). “Lenguaje, intencionalidad y el deseo del otro. Una perspectiva psicoanalítica”. Presentado en la Jornada de Homenaje a Angel Rivière, organizado por la Maestría en Ciencia Cognitiva de la FLACSO-UAM. Agosto de 2001.

(2000a). “Limitaciones de la metáfora cerebral”, publicado en el número especial “Neurociencia y Psicoanálisis” de la Revista *Actualidad Psicológica* N° 275, Mayo de 2000.

(2000b). “El ‘cuerpo propio’ y la representación en el Psicoanálisis. Crítica a la metáfora cerebral” (inédito).

(1995). “Consideraciones acerca del “Proyecto Freudiano” publicado por la Revista de Psicoanálisis “Nuevas realidades” de la Asociación Psicoanalítica Argentina (A.P.A.), Tomo LII N° 2 abril-junio de 1995.

(1992). “Del apremio de la vida al Ananké. O la relación del sujeto con el semejante”. Revista Argentina de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina, Tomo XLIX N° 5-6, setiembre-diciembre de 1995.



- Chomsky, N. (1996). *Nuestro conocimiento del lenguaje humano*. Ed. Bravo y Allende, Edit. Sgo. de Chile. 1998.
- Churchland, P. M. (1964). *El materialismo eliminativo en Filosofía de la mente y ciencia cognitiva*. Ed. Paidós. Barcelona. 1995.
- (1984). *Materia y conciencia. Introducción contemporánea a la Filosofía de la Mente*. Gedisa Editorial. Barcelona, España. 1992.
- Damasio, A. R. (2000). *Sentir lo que sucede. Cuerpo y emoción en la fábrica de la conciencia*. Editorial Andrés Bello. Chile. 2000
- Dennett, D. (1995). *La conciencia explicada. Una teoría interdisciplinar*. Paidós Básica. Barcelona. España. 1995.
- (1978). ¿Dónde estoy? en Hofstadter, D. y Dennet, D. *El ojo de la mente*. Ed. Sudamericana, Bs. As. 1983.
- Frege, G. (1918-19) El pensamiento. Una investigación lógica. En Valdés, M. M. (comp.) (1996). *Pensamiento y lenguaje. Problemas en la atribución de actitudes proposicionales*. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Filosóficas. México. 1996.
- Freud, S. (1891). *Monografía sobre las Afasias*. Ed. Nueva Visión, Bs. As., 1973
- (1895a). *Manuscrito G*. Tomo I, op. cit.
- (1895b). *Proyecto para una Psicología para Neurólogos*, Tomo I, Ed. Amorrortu, Bs. As., 1976.
- (1895c). *Estudios sobre la histeria*. op. cit. Tomo II.
- (1896). *Carta 52*, Tomo I, op. cit.
- (1900). *Interpretación de los Sueños*. Tomo V, op. cit.
- (1905a [1901]). *Análisis fragmentario de una histeria*. Tomo VII.
- (1905b). *Tres Ensayos para una teoría sexual*. Tomo VII.
- (1908). *Teorías sexuales infantiles*. Tomo IX.



- (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. Tomo XIV.
- (1918). *Historia de una neurosis infantil*. Tomo XVII.
- (1923). *El yo y el ello*. Tomo XIX.
- (1925). *La responsabilidad moral por el contenido de los sueños*. Tomo XIX.
- (1938). *Esquema del Psicoanálisis*. Tomo XXIII.
- Fodor, J. (1987) *Psicosemántica*. Ed. Tecnos. Madrid. España. 1994.
- (1983) *La modularidad de la mente*. Ed. Morata. Madrid. España. 1992.
- Gardner, H. (1985). *La Nueva Ciencia de la Mente*. Ed. Paidós, Bs. As., 1987.
- Gauchet, M. (1992). *El Inconsciente Cerebral*. Ed. Nueva Visión, Bs. As.
- Gazzaniga, M. S. (1985). *El cerebro social*. Alianza Editorial. Madrid. España. 1993.
- (1998). *El pasado de la mente*. Editorial Andrés Bello. Barcelona. España. 1999.
- Greimas, A. J.; Courtés, J. (1979) *Semiótica*. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje. Editorial Gredos. Madrid. España. 1990.
- Hofstadter, D. y Dennet, D. (1981). *El ojo de la mente*. Ed. Sudamericana. Bs. As. 1983.
- Hofstadter, Douglas R. (1979) *Gödel, Escher, Bach. un Eterno y Grácil Bucle*. Tusquest Editores. Barcelona. España. 1987.
- Humphrey, N. (1992). *Una historia de la mente. La evolución y el nacimiento de la conciencia*. Gedisa Editorial. Barcelona. España. 1995.
- Karmiloff-Smith, A. (1992). *Más allá de la modularidad*. Alianza Editorial. Psicología minor. Madrid. España. 1994.
- Lacan, J. (1959-60). [1986]: *Seminario VII, La Etica del Psicoanálisis*. Ed. Paidós, Bs. As., 1988.
- Leslie, A. (1987) *Pretense and representations: the origins of "Theory of mind"*.



Citado por Angel Rivière *Objetos con mente*. 1991.

Lewandowski, T. (1995) *Diccionario de Lingüística*. Editorial Cátedra, Madrid, España, 1995.

Lycan, W. (1987). “La continuidad de niveles en la naturaleza” en Rabossi, E. *Filosofía de la mente y ciencia cognitiva*. Ed. Paidós. Barcelona. 1995

Miller, J. A. (1997). *Introducción al método psicoanalítico*. Ed. Eolia – Paidós. Buenos Aires, 1998.

Morin, E. (1992a). “La noción de sujeto” en Schnitnam, D. (coord.) *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Editorial Paidós. Buenos Aires. 1994.

(1992b) Epistemología de la complejidad en Schnitnam, D. (coord.) *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Editorial Paidós. Buenos Aires. 1994.

Nagel, T.: (1974). ¿Cómo ser un murciélago? en Hofstadter, D. y Dennet, D. *El ojo de la mente*. Ed. Sudamericana. Bs. As. 1983.

Piaget, J. (1970) *Biología del conocimiento*. Editorial Siglo XXI. Buenos Aires.

Pinker, S. (1994) *El instinto del lenguaje*. Ed. Alianza. Psicología Minor. Madrid. España. 1995.

(1997) *Cómo funciona la mente*. Ed. Destino. Barcelona. España. 2001.

Popper, K. y Eccles J. (1977). *El yo y su cerebro*. Ed. Labor. Barcelona

Pribram, K. y Gill, M. (1976). *El Proyecto de Freud; una introducción a la teoría cognitiva y la neuropsicología contemporáneas*. Ed. Marymar, Bs. As., 1977.

Putnam, H. (1973). “Significado y referencia” en *Filosofía de la mente y ciencia cognitiva*. Editorial Paidós. Barcelona. España. 1995.

Rabossi, E. (comp.) (1995). *Filosofía de la mente y ciencia cognitiva*. Editorial Paidós. Barcelona. España. 1995.

Ricoeur, P. (1990). *Sí mismo como otro*. Ed. Siglo XXI. Madrid.

Rivière, A. (1991). *Objetos con mente*. Ed. Alianza. Madrid. 1991.



Rorty, R. (1979). *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Ed. Cátedra. Madrid.

(1989) *Contingencia, Ironía y Solidaridad*. Ed. Paidós, Barcelona.

Russell y Whitehead (1947). *Principia Matemática*. Citado en Rabossi (op cit).

Searle, J. (1984). *Mentes, cerebros y ciencia*. Ed. Cátedra. Madrid, 1981.

(1983) *Intencionalidad. Un ensayo a la filosofía de la mente*. Ed. Ternos. Madrid, 1992.

Valdés, M. M. (comp.) (1996). *Pensamiento y lenguaje. Problemas en la atribución de actitudes proposicionales*. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Filosóficas. México. 1996.

Zieher, L. M. (2001). Cambios adaptativos (plásticos) cerebrales en respuesta a estímulos ambientales. Procesamiento neurobiológico de las emociones. Cátedra de Farmacología. Facultad de Medicina (UBA).

Zieher, L. M. (1999). De la neurona a la mente, en *Neuropsicopatología clínica*. Editorial Albano, Serra. Buenos Aires. 1999.

Recibido: 17 de setiembre de 2001

Aprobado: 25 de enero de 2002